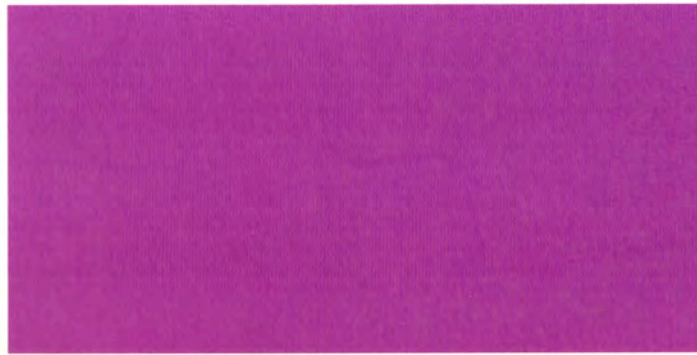
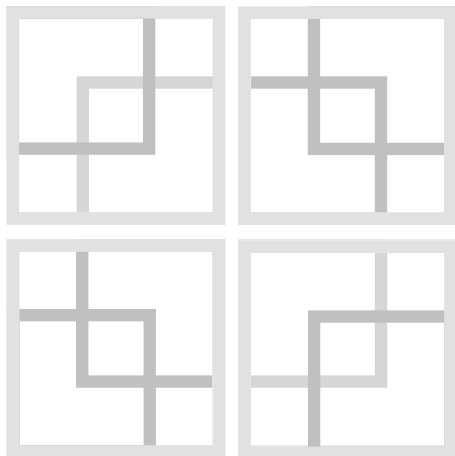


Decálogo do Educador e da Educadora

COMENTÁRIOS





Decálogo del Educador y de la Educadora

COMENTARIOS

Propuesta Socioeducativa
de la Institución Teresiana
en América Latina

Educar en Tiempos Difíciles



Organización
Vera Maria Candau

Junio, 2006

Organización
Vera Maria Candau

Autores
Vera Maria Candau
Susana Sacavino
Dinirah García
Bertha de la Portilla
Lúcia Pedrosa de Pádua
Consuelo Vélez
Fabiola Luna

Supervisión Editorial y Gráfica
Adélia Maria Nehme Simão e Koff

Proyecto Gráfico, Programación Visual y Tratamiento de imágenes
Rodolpho Oliva

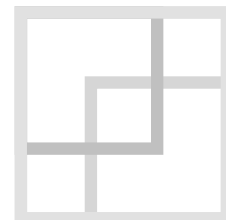
Edición
NOVAMERICA

Apoyo



I·N·T·E·R
cultural

NOVAMERICA
Rua Dezenove de Fevereiro, 160
Botafogo – Rio de Janeiro RJ
22.280-30
novamerica@novamerica.org.br
www.novamerica.org.br



PRESENTACION

La Propuesta Socioeducativa de la Institución Teresiana en América Latina, *Educación en Tiempos Difíciles*, viene movilizando muchas energías, iniciativas y compromisos en los distintos ámbitos educativos, tanto en la educación formal como en la no formal.

La educación en nuestro continente pasa por una profunda crisis, relacionada con el momento histórico que estamos viviendo, tanto en el continente como en la globalidad del planeta. Son muchos los desafíos: globalización, exclusión, crecientes desigualdades, multiculturalidad, sociedad de la información, desarrollo tecnológico y científico, centralidad del mercado, entre otros. Se multiplican también las búsquedas de alternativas en las que la justicia, la solidaridad, la democracia, la articulación entre igualdad y diferencia favorezcan la construcción de sociedades humanas, que respeten la dignidad de todos y todas.

En medio de fuertes tensiones y pluralidad de propuestas y alternativas se sitúan los educadores y las educadoras. El sueño de una educación de calidad para todos y todas, que empodere principalmente a los grupos sociales menos reconocidos y de menor acceso a las distintas oportunidades educativas, parece cada vez más difícil de ser conseguido. Solamente un esfuerzo capaz de unir fuerzas, mentes y corazones es capaz de fortalecer un camino en esta dirección. En este movimien-

to, el papel del educador, de la educadora es fundamental. Como agente social y cultural pueden ser actores privilegiados en la perspectiva de cambio de mentalidades y de construcción de nuevas prácticas ciudadanas.

La Propuesta Socioeducativa apuesta en un educador, una educadora, que se comprometa en esta perspectiva. S. Pedro Poveda nos propone un movimiento de educadores/as en el que la preparación profesional y el compromiso social son potencializados por una fe encarnada en las realidades que nos tocan vivir.

Estos comentarios del *Decálogo del/a Educador/a*, construido con pensamientos de S. Pedro Poveda que colocamos en sus manos, educador/a, quieren ser un punto de referencia para su cotidiano, para su acción educativa. Quieren ofrecer elementos para una reflexión personal y grupal sobre su, nuestra, práctica educativa. Quieren estimular nuevas reflexiones, iniciativas y propuestas. Fueron elaborados por las integrantes de la Comisión Asesora de la Propuesta Socioeducativa y el Equipo de Teólogas de la Institución Teresiana en América Latina. Apuntan para que nos comprometamos para hacer realidad lo que nos propone S. Pedro Poveda *“tenemos mucha fe, mucha esperanza y no dejamos de soñar, y hasta realizamos algunos sueños”*.

Vera Maria Candau
Rio de Janeiro, 15 de mayo de 2006

T *Educación en Tiempos Difíciles* supone “*tener la mente y el corazón en el momento presente*”. Dejarse interpelar por los acontecimientos que configuran tanto la sociedad en la que vivimos, como la globalidad del planeta. Nuestras prácticas educativas deben estar articuladas dinámicamente con las realidades que queremos transformar.



Perspectiva socioeducativa

Este principio nos desafía a articular tiempo/s y espacio/s en el mundo actual globalizado. Un momento lleno de contradicciones e indecisiones. Un momento que nos reta a descubrir nuevas maneras de comprender la realidad, con una perspectiva multifacética e interdisciplinaria, intelectual y afectiva, con lucidez y ternura, con asombro y esperanza en un mundo cada vez más caracterizado por políticas de seguridad y falta de respeto y violación de los derechos humanos en sus diferentes dimensiones.

Nuestra vida cotidiana en el momento presente, va más allá del aspecto local. Está atravesada por otras dimensiones que no podemos perder de vista al elaborar y desarrollar nuestras propuestas educacionales. Tanto para acoger la realidad, desvelar y comprender los mecanismos que configuran las estructuras sociales, políticas, económicas, culturales del mundo globalizado en sus diferentes fases y dinámicas, tanto las más cercanas como las distantes, las perversas e injustas que frenan el dinamismo de la vida y de la dignidad para tod@s, así como las que especialmente ayudan a ampliar los horizontes, las miradas, las acciones y posibilidades de cambio y construcción de otro mundo posible desde las raíces de una globalización solidaria, justa, inclusiva y acogedora de las diferencias. Para esto, es fundamental considerar las dimensiones constitutivas de nuestras acciones, especialmente las que se refieren al ámbito regional y global. Por su intermedio influenciaremos, conciente o inconscientemente, y nuestras acciones repercutirán en un tejido más am-

plio y complejo que es importante conocer para poder intervenir y transformar.

“Tener la mente y el corazón en el momento presente” supone también abrirse al otro o a los otros diferentes y conocer sus historias, intereses, búsquedas y luchas. Entender la construcción de la subjetividad especialmente de los grupos con los que trabajamos, sus fuentes de sentido y como se construyen hoy sus identidades con pluralidad de pertenencias, reforzando la ciudadanía en un proyecto común de un mundo plural. Significa también tener como horizonte los procesos y sus posibilidades de transformación y cambio, tanto a nivel individual como colectivo. Apostar en las posibilidades de transformación y conversión como semillas de esperanza que cada ser humano, grupo, movimiento, circunstancias, espacios, trae consigo como agente transformador.

La Propuesta Socioeducativa de la Institución Teresiana en América Latina, *“Educar en tiempos difíciles”*, nos recuerda que el perfil más relevante de una pedagogía situada es el carácter participativo de los procesos de comprensión y construcción de la realidad. De ese modo, se posibilita la comprensión de los sujetos de la educación como sujetos de su propia historia, contribuyendo igualmente a su empoderamiento y a la toma de decisiones sobre su destino.

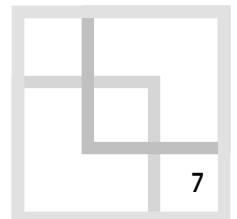
Dejarse interpelar por los acontecimientos que configuran tanto la sociedad en que vivimos, como la globalidad del planeta, implica también construir los sentidos históricos

de los procesos sociales, articular el pasado con el presente apuntando para el futuro. América Latina está históricamente atravesada por la esclavitud, discriminación, exclusión, explotación, exterminio, negación, silenciamiento, invisibilidad, opresión, en diferentes dimensiones: étnica, de género, generacional, urbana, rural, económica, social, cultural, política. Es fundamental poder abordar la historia y la construcción del momento presente a partir de esta realidad, no sólo desde el punto de vista coyuntural de los acontecimientos, sino principalmente desde el análisis del proceso histórico en desarrollo. Comprender las matrices ideológicas, políticas y culturales que posibilitaron esa construcción y continúan viabilizando la implementación de políticas en esa misma dirección, así como también de otras realidades que apuntan a la afirmación de experiencias libertadoras como proyecto de construcción de una vida digna y de calidad, con espacios de democracias inclusivas y con justicia social.

Nuestras prácticas educativas deben estar articuladas dinámicamente con esas realidades que queremos transformar. No sólo en el discurso sino también en las acciones y proyectos, en los espacios cotidianos donde se desarrollan. Deben ser capaces de pasar los muros del aula, de la escuela o de las dinámicas de nuestros proyectos sociales, como también de promover articulaciones con otros grupos, instituciones y propuestas que posibiliten tejer redes de solidaridad, participación y compromiso con los sujetos sociales excluidos o menos favorecidos.

La práctica educativa crítica supone un movimiento dinámico, dialéctico, entre el hacer y el pensar sobre el hacer. Saber también que la práctica educativa espontánea, o casi espontánea, desarmada, indiscutiblemente produce un saber constituído por la experiencia que necesita ser analizado y reflexionado de forma crítica. En este sentido es importante considerar que en la formación permanente de los/as educadores/as es fundamental la reflexión crítica y colectiva sobre la práctica pedagógica. Es pensando críticamente en la práctica de hoy o de ayer como se puede mejorar la acción educativa.

Susana Sacavino



Perspectiva teológico-espiritual

Hasta hace poco tiempo, la religión valoraba más el momento después de la muerte que el momento presente. Allí sería el paraíso, la realización de nuestros deseos, el premio por las buenas realizaciones en esta vida. Allí sería el momento de la verdad, del juicio, del castigo o de la recompensa. ¿Y esta vida, la vida terrenal? ¡Ah! Esta era un lugar de sufrimientos, un “valle de lágrimas”, donde gritamos los “degradados hijos de Eva”. Hasta hoy rezamos esta oración en las recitaciones del rosario.

Sin embargo, un mirar atento hacia la vida de Jesús nos muestra otra realidad. Él pasó la vida haciendo el bien porque amó la vida de todos los que se le acercaron. Nos habló del Reino de Dios y lo realizó en sus acciones y actitudes. Un día le preguntaron: “¿dónde está el Reino?” Y respondió: “El Reino de Dios no es observable, no está aquí o allí; está en medio de ustedes”.

Sí, el Reino de Dios no espera la vida después de la muerte para realizarse. Es cierto que todavía no es completo, y que un día se realizará plenamente, pero esto sólo nos anima a construirlo aquí. El Reino de Dios ya se realiza en el presente, como una semilla, como levadura, como una realidad al mismo tiempo concreta y llena de esperanza de futuro. San Pablo, en su segunda carta a los cristianos de la ciudad de Corintios, proclamó: “este es el tiempo de salvación” (2 Cor).

El mismo Dios amó tanto nuestra existencia humana e histórica, que se hizo uno entre nosotros. Se encarnó en nuestro medio, ha-

ciendo del corazón del mundo su casa. La realidad de la Encarnación del Verbo nos hace reconocer nuestro mundo como lugar teológico donde Dios viene a nuestro encuentro, ayer como hoy.

Esto significa que podemos y debemos mirar nuestra vida como un espacio de salvación. La Teología Latinoamericana afirmó que el sufrimiento clama por *liberación*. Así como la praxis de Jesús fue libertadora, también lo es la de sus seguidores. Porque creer en Jesús, que es el núcleo de la espiritualidad de los cristianos, significa seguirlo. Y así, estar atento preferentemente a las realidades injustas, de pobreza y prejuicio, para que la Buena Nueva de la liberación alcance la situación de vida concreta. Liberación no en la próxima vida, sino en ésta, ¡como lo hizo Jesús! Para eso es importante solidarizarse con quien sufre pobreza injusta, conocer bien los mecanismos de injusticia que generan esta pobreza y actuar de forma consecuente.

El Evangelio enfatiza no el tiempo futuro, sino el ya ahora; no la vaga preocupación con lo que parece estar lejos de nosotros, sino el aquí; no el juego de empujar las responsabilidades, sino el nosotros. Estas tres palabras: ahora-aquí-nosotros son fundamentales para entender los cambios en la forma de entender el cristianismo en América Latina. Pero no son sólo palabras, sino una invitación a convertir nuestras prácticas de fe.

Pero, ¿cómo conoceremos este momento presente? Puede parecer una pregunta rara, pues, si vivimos en él, claro que lo conoce-

mos. Pero la pregunta tiene sentido, porque como dice Santa Teresa, “hay muchas formas de estar en el mismo lugar” (1M 1,2). Algunas personas viven del pasado. Para ellas, el *antes* era siempre mejor. Su corazón está en lo que pasó. La sociedad, la familia, la convivencia humana, los movimientos políticos... todo era mejor. Otras personas viven en el futuro. Para ellas, *un día* las cosas buenas pasarán...El presente es, entonces, sólo un apoyo donde se recuerda el pasado o se planea el futuro. Para quien tiene fe esto es una pérdida, pues la persona no percibe de que el aquí-ahora es penetrado por la acción misteriosa de Dios, que nos invita a cuidar de su Reino. La tierra no puede permanecer estéril o esperando infinitamente estar preparada.

Es importante acostumbrarnos a vivir el tiempo presente de forma activa y compasiva. Mirar la realidad como si estuviese atravesada por el amor y por los apelos de Dios, que conocemos a través de las palabras y acciones de Jesús de Nazaret. San Pedro Poveda afirmó que tenía la *mente y el corazón en el momento presente*. Su manera de estar en el mundo es profundamente evangélica. Él estaba en el momento presente no como usufruyendo un presente de forma individualista, por la ausencia de un objetivo o por la falta de perspectiva futura. No era inmatematista. Él vivía el tiempo presente en otro sentido.

El tiempo presente era para San Pedro Poveda una conexión con la sensibilidad, necesidades y oportunidades de su tiempo. Por ejemplo, percibió que las mujeres emergían como sujeto activo de la sociedad. Percibió

también que la educación era el gran *front* de una renovación social. San Pedro Poveda puede ser profeta por la forma de abrirse a su tiempo presente. Los profetas bíblicos no son, como muchos piensan, aquellos que adivinan el futuro por un don extraordinario. Son aquellas personas de mirada penetrante en *su tiempo* y, exactamente por entender los acontecimientos en perspectiva de fe, pudieron antever lo que vendría. San Pedro Poveda antevió un tipo de iglesia y de evangelización que sólo fue compartida por muchos, apenas algunas décadas después. Antevió el hoy conocido, según el documento de Santo Domingo, “*protagonismo de los laicos*”, y el necesario retorno a las fuentes de los primeros cristianos.

Tener la *mente y el corazón en el momento presente* indica también jovialidad. Significa vivir una espiritualidad sin nostalgias, sin rencores ni imposiciones. Es propio de quien no capitula, no desiste de sus ideales. No por ser “*cabeza dura*”, sino por la seguridad de la jovialidad de Dios, que se revela en las “*señales de los tiempos*” y en cada generación constituye sus profetas (Sb 7).

Del punto de vista psico espiritual, vivir la integración entre la mente y el corazón es también algo admirable y deseable. Exige una no cisión entre el camino deseado íntimamente y

lo que pensamos sea el camino correcto. Muchos piensan, por ejemplo, que la construcción de la ciudadanía es el camino del fortalecimiento democrático, pero no dedican para eso sus fuerzas más profundas, las fuerzas del corazón. Viven así una cisión y una incoherencia, pues, como nos enseña el evangelio, donde está el tesoro, ahí está el corazón.

Fernando Pessoa, un poeta portugués, describió la necesidad de estar entero para ser grande:

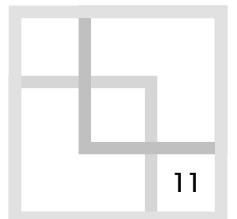
*Para ser grande sé entero:
No exageres o excluyas nada tuyo.
Sé todo en cada cosa.
Pon cuanto eres en lo mínimo que haces.
Así en cada lago toda la luna
Brilla, porque vive en lo alto.*

Ser entero es entonces estar en lo alto para reflejarse en todo, hasta en los pequeños lagos. No es fácil *estar* entero, menos aún *serlo*. Pero es posible, por el sincero caminar y la fe. Debemos, “*nunca como ahora*” (San Pedro Poveda), preguntarnos: ¿qué nos falta para estar enteros en aquello que creemos? ¿Qué nos falta para mirar el momento presente como nuestro momento, el momento del mundo y el momento del cosmos? Porque en el fondo, sólo tenemos el presente. ¿Cómo estamos en él?

Lúcia Pedrosa de Pádua

PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

1. ¿Qué significa para ustedes tener la “mente y el corazón en el momento presente”?
¿Cómo desarrollar esta actitud personal y colectivamente?
2. ¿Cuáles son las principales características del “momento presente”?
¿Qué desafíos/retos plantean para nuestra tarea socioeducativa?
3. ¿Qué signos del Reino están presentes en el momento presente?



2

Educar en tiempos difíciles exige, en el contexto de una globalización excluyente en que vivimos, trabajar para construir un mundo más justo, humano y democrático y vivir con pasión la invitación de San Pedro Poveda "Estima la justicia tanto como la vida", traduciéndola cada día en nuestra acción educativa y en el ejercicio de la ciudadanía en los diferentes espacios sociales y culturales.



Perspectiva socioeducativa

2

Educación en tiempos difíciles para los educadores y las educadoras de América Latina y El Caribe en éste aquí y ahora nos sitúa en esta opción radical de San Pedro Poveda.

La justicia y la vida se articulan como opciones integradoras de la persona humana desde la “estima”, el “amor”. Vivir histórica, cultural y socialmente como seres humanos que hacen de la vida una existencia crítica, una vocación humanizante y humanizadora. Proyecto que coloca en el horizonte de las prácticas socioeducativas la justicia y la vida, dinamismo que brota de la pasión por el Reino de Jesús y los preferidos de Dios: los excluidos, los pobres, los débiles.

Actualmente nuestras sociedades viven tiempos de encrucijadas históricas, por una parte, la sociedad de la información y el conocimiento, el desarrollo de las tecnologías junto a los procesos derivados de la globalización marcada por la opción político-económica del neoliberalismo, experimentándose a su vez una lógica de exclusión que no asume a la mayoría, los más débiles. Se viven, así mismo, expresiones de no respeto por la vida en el hábitat del ser humano con el deterioro en sus componentes básicos: el medio ambiente natural, histórico y socioeconómico cultural.

En el mundo de la cultura cotidiana donde se aprende y desaprende abiertos a las búsquedas y luchas junto con los/as demás, allí la cultura neoliberal impone sus aprendizajes, destruyendo la realización de la justicia. La sobrevivencia se gana compitiendo. Es en

el campo cultural y socioeducativo donde el orden produce su mayor fascinación; el modelo se funda en un discurso de cambio y valores y termina siendo funcional a la personalidad centrada en el orden y el sometimiento; el excluido es (se quiere que sea) incluido en un modelo de aprendizaje que consolida su exclusión. El/la educador/a, a su vez, sostiene vitalmente una ética de doble discurso, con contenidos transformadores y con códigos normativos de subordinación. Así la educación pasa a ser el insumo para generar “capital humano”.

El compromiso con la justicia y la vida cuestiona la lógica dominante en nuestras sociedades, buscando a través de las mediaciones socioeducativas la inclusión de todos y todas, asumiendo al “otro” como desafío ético – político desde el principio de la solidaridad. Las relaciones sociales son asimétricas, la solidaridad nos plantea de que lado hay que situarse para hacer que las desigualdades injustas desaparezcan en una opción clara y coherente por los excluidos.

Poner en clave socioeducativa para estos *tiempos difíciles* en el horizonte de la justicia, la vida y la dignidad humana y social desde la opción radical povedana supone:

- Reconocer en los espacios y propuestas, acciones y opciones como imperativo de la fe, la pasión por la justicia, manera concreta del seguimiento hoy de Cristo que murió por dar testimonio de su amor verdadero a los hombres y mujeres, denunciando con valor las injusticias y anunciando con libertad el Reino de Dios.
- Recrear una cultura de los derechos humanos, como expresión colectiva de su reconocimiento efectivo y estructural en la teoría y la práctica cotidiana.
- Suscitar la formación de sujetos críticos, creativos, proactivos, lúcidos y situados, que reconocen las posibilidades de la educación y de la sociedad para la transformación humanizadora que anhelamos.
- Reconstruir una sociedad inclusiva con espacios, propuestas, proyectos y acciones en defensa de la vida y los derechos humanos.
- Impulsar la formación de la memoria histórica para no repetir los errores cometidos por personas o grupos de poder.
- Fortalecer desde los espacios socioeducativos la articulación de personas y organizaciones generadoras de una democracia crítica en los ámbitos de lo social, lo político, lo económico y cultural de nuestras sociedades.
- Estimular individual y colectivamente el ejercicio de una ciudadanía crítica, madura, activa, responsable e intercultural.
- Asumir la educación para la ciudadanía en articulación con la conciencia ecológica, es decir respeto al equilibrio interno y dinámico inherente al universo, considerar la tierra como herencia común cuyos frutos deben ir en beneficio de todos/as, mayor coordinación local, nacional e internacional de un sistema de gestión de los recursos de la tierra y el uso de las tecnologías, responsabilidad de los Estados y de todos/as de velar por la salud social y física de los/as ciudadanos/as.
- Favorecer y profundizar en el compromiso

socio político inherente a la lucha por los derechos de todos/as para construir sociedades democráticas justas y solidarias.

- Dialogar en un mundo plural y diverso desde un enfoque intercultural en contraste crítico y en el marco de sociedades cada vez mas pluriculturales.
- Reinventar en los espacios e instituciones de educación formal y no formal proyectos, programas que coloquen en la agenda cotidiana y pública el proceso de formación que todos/as precisamos para ser protagonistas de una ciudadanía crítica que construye una sociedad de justicia y de vida donde se articulan los diferentes actores de la sociedad civil, pasando así vitalmente de la disgregación, del individualismo al estado de pueblo, país, espacios con identidad y pertenencias.

“Estima la justicia tanto como la vida” nos continúa invitando San Pedro Poveda en este hoy de nuestra Patria Grande; respuestas plurales se entretajan, estamos en cami-

no, se requiere recrear nuevas redes de vida con triple mirada: en lo cotidiano, en lo local y en lo global. Es una tarea liberadora que precisa de la resistencia y las propuestas con radicalidad y sentido del límite.

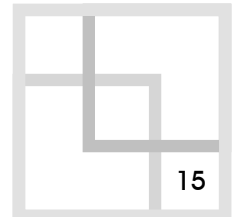
Este Proyecto se continúa construyendo día a día con educadores y educadoras hombres y mujeres de la esperanza, de una esperanza que cree en las posibilidades de las personas, de cambiar y construir la historia humana liberadora, haciendo camino al andar.

Que estos elementos hoy compartidos susciten la discusión, el entretrejo de acciones, de pensamiento y palabras, porque, según García Márquez:

....nuestra respuesta es la vida.

*Una nueva y arrasadora utopía de la vida
donde nadie pueda decidir por otros...
donde de veras sea cierto el amor
y sea posible la felicidad.*

María Emilia Olguín Vivar



Perspectiva teológico-espiritual

Santo Padre: tenemos hambre. Sufrimos miseria, nos falta trabajo, estamos enfermos. Con el corazón partido de dolor, vemos que nuestras esposas pasan la gestación tuberculosas, que nuestros bebés mueren, que nuestros hijos crecen débiles y sin futuro. Pero, a pesar de todo eso, creemos en el Dios de la vida" (Saludo de Víctor e Isabel Chero a Juan Pablo II en su visita a Villa El Salvador, Perú, 1985).

Estas palabras surgidas de la experiencia de exclusión y marginación del pueblo latinoamericano, revelan una imagen de Dios profundamente bíblica que acompaña la revelación y marca el destino del ser humano: el Dios de la vida es este Dios que creó el mundo y a todo ser viviente y que al finalizar su obra "vio que todo cuanto había hecho era muy bueno" (Gén 1, 31). Es el mismo Dios que en Jesús vino para que todos los seres humanos "tengan vida y vida en abundancia" (Jn 10, 10).

El pueblo latinoamericano sigue creyendo en el Dios de la vida cuando descubre que el compromiso con la justicia posibilita la vida, la protege, la hace posible. No una justicia "legal" entendida como darle a cada uno lo que le corresponde. Es la justicia revelada en la Sagrada Escritura que se refiere, en primer lugar, al contexto concreto de las relaciones sociales. Justicia en la Biblia significa rescatar a la víctima, liberar al oprimido, inclinarse por el más débil.

Justicia (*Sedeq* en hebreo) es expresión suprema y global de lo que es valioso, justo y

correcto en la comunidad; es el “bien” que debe gobernar las relaciones sociales. Significa rectificar situaciones entre personas y grupos para que vivan conforme a lo que la situación social exige. *Sedaqah* significa un acto de bondad o compasión con el oprimido, el huérfano, la viuda, el inmigrante, el pobre. Implica cambiar su situación para restituirle su dignidad. *Mishpat* (derecho o justicia) tiene matices jurídicos pero se considera una ampliación del sentido esencial: justicia liberadora, salvífica. Está relacionado con amor y compasión ya que la justicia no puede existir sin amor y sin misericordia.

El Reino de Dios anunciado por Jesús representa la realización de la justicia (*sedeq* y *mishpat*) de Dios. San Pablo en lugar de hablar del Reino se refiere a la justicia de Dios (Rom 1, 17). Jesús realiza la justicia de Dios en su propia persona. Su compromiso con los pobres y marginados encarna la justicia del Dios justo. La base de toda justicia lo constituye el mandamiento del amor: “amar al prójimo como a ti mismo” (Mt 22, 39). Las normas y criterios de justicia deben expresar estas exigencias del amor. Por lo tanto, vida y justicia están íntimamente relacionadas. La defensa de la vida no puede ir separada de la “estima” por la justicia. Más aún son dos caras de la misma moneda.

En el contexto globalizado en el que se impone cada vez con más fuerza el modelo neoliberal una educación que favorece la vida tiene como imperativo evangélico el compromiso con la justicia para darle a los que hoy son excluidos oportunidades de

vida y realización personal.

¿Por dónde pasa la justicia en este tiempo presente? Siguiendo la dinámica de la encarnación de Dios en esta historia concreta, la justicia pasa por todas aquellas situaciones estructurales que no permiten la vida de las personas.

La justicia social ocupa un puesto central en la realidad actual, como ya lo anunciaban los profetas en el Antiguo Testamento y reafirmada como exigencia pastoral en las Conferencias Episcopales Latinoamericanas, especialmente Medellín y Puebla. En ellas la “opción por los pobres” se proclamó como opción preferencial, como garantía de un seguimiento auténtico del Señor Jesús.

El profeta Miqueas invita al pueblo a hacer lo que es bueno. Y en ese contexto les aclara que lo que el Señor pide es “tan sólo que practiques la justicia, que sepas amar y te portes humildemente con tu Dios” (Mi 6, 8). En el mismo sentido el profeta Isaías dice cuál es el ayuno que agrada al Señor: “Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo” (Is 58, 6).

La Conferencia de Puebla reconoce esta realidad contraria al querer de Dios y afirma “con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres” (1134). Opción ratificada también por la Conferencia de Santo Domingo (178).

La justicia pasa por la construcción de sociedades democráticas que permitan la participación de todos y todas. Esto no será posible sin el trabajo de inclusión de los más pobres que en la actualidad ya no sólo son marginados sino excluidos de la sociedad. ¿Dónde dormirán los pobres en este mundo que se está generando? ¿Qué será de los preferidos de Dios en este tiempo que vivimos? Preguntas que se inspiran en el libro del Éxodo (22,26) y que expresan la situación de exclusión padecida hoy por millones de personas. Sólo una sociedad que incluya a todos sus miembros está favoreciendo la vida.

El “Reino de justicia, amor y paz” supone un compromiso decidido con la defensa de la vida y el compromiso con la justicia. Sólo en esta articulación, el Reino se hace visible –el “ya” del Reino- pero siempre tendiendo a

nuevas respuestas, a mayor inclusión, a más búsquedas que privilegien, en cada momento, a los más desfavorecidos –el “todavía no” del Reino-.

Estima la justicia tanto como la vida no son palabras vacías de San Pedro Poveda. Son la síntesis adecuada del imperativo evangélico de hacer posible la vida para todos y todas a imagen del sol que “brilla sobre buenos y malos” (Mt 5, 45). Son además una orientación decisiva para la misión educadora de la Institución Teresiana. Formar personas integrales supone ayudarles al encuentro con el Dios de la vida. De su mano surge como imprescindible, el compromiso con la justicia. Y este compromiso puede hacer posible una sociedad verdaderamente democrática, justa y solidaria.

Consuelo Vélez

PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

1. ¿Por dónde pasa la construcción de la justicia hoy?
¿En el ámbito internacional y nacional? ¿En nuestro cotidiano?
2. Qué significa para cada uno/a de nosotros/as, en nuestra vida concreta “estimar” la justicia?
3. ¿Qué implicaciones tiene para nuestras acciones socioeducativa la afirmación de San Pedro Poveda “estima la justicia tanto como la vida”?
¿En esta perspectiva qué consideramos prioritario?

3

Educar en tiempos difíciles en sociedades marcadas por fuertes manifestaciones de agresividad y violencia en las diferentes relaciones sociales, políticas, culturales e interpersonales, es una invitación a renovar diariamente la convicción de que **“la mansedumbre, la amabilidad y la dulzura son las que conquistan el mundo”**.



Perspectiva socioeducativa

Ante tiempos difíciles, tiempos violentos y, si la frase aguanta: tiempos furiosos, se requieren virtudes heroicas. Cuando se habla de “choque de civilizaciones”, de fundamentalismos de un signo y de otro; cuando después de tres años de guerra en Irak se cuentan por miles los civiles inocentes, e Irak no es estable, ni democrática; cuando la carrera armamentista gana terreno y la industria bélica es la más “exitosa” no es para menos sentir indignación y frustración y rebelión y ganas de subvertirlo todo a cualquier precio. He aquí una virtud heroica: la mansedumbre.

Aristóteles decía que el hombre manso se encuentra en medio de dos personajes, el “colérico” y el “impasible”. La mujer y el hombre mansos son pacientes, bondadosos, comprensivos, lejos de la ira y de la impasibilidad. Esta actitud no significa pasividad, o debilidad. La mansedumbre es la virtud de los fuertes, que saben canalizar sus deseos a veces demasiado impulsivos e impacientes, no para reprimirlos, sino para ordenarlos y sacarles el verdadero provecho.

La mansedumbre tiene algo de suavidad, y también mucho de fortaleza. Debajo de una persona mansa hay una gran fortaleza interior. En cambio, el débil actúa con violencia, para que no se descubra su debilidad, fruto de su inseguridad. Se muestra duro y dominante con los débiles, mientras que cede clamorosamente ante los poderosos. La mayor violencia es producida por la mayor debilidad.

Nadie “nace” manso. Nos hacemos mansos cuando vamos adquiriendo unas virtudes en



3

realidad poco comunes. San Pedro Poveda recuerda a un santo y dice *“el caudal de fuerza del corazón está en relación directa con el caudal de la mansedumbre”*. Y añade, dice que *“en vez de ir libando de aquí y de allí, quiero darles una virtud que las contiene todas, una virtud invencible...porque, contagiados del nerviosismo actual, queremos el bien, pero poniéndonos a tono con los que obran mal, al menos en los procedimientos”*. Con Francisco de Osuna dirá que la mansedumbre es la *“la virtud imán”* que atrae el hierro con atracción natural. Y lo comprobamos diariamente. La violencia y el mal carácter no controlado producen rechazo. Sólo la mansedumbre acerca a las personas.

La dulzura hace posible tener una *“determinada determinación”* de permanecer en la palabra que es portadora de paz. Los tiempos que corren son *tiempos difíciles* y ser amante de la paz es permanecer en la palabra, por lo que hoy está en juego la capacidad dialógica de todos. El diálogo es la característica reiterada de la vivencia de la libertad. Dialogar, entenderse, en los ámbitos micro y macro, es decisivo. Nada potencia más que el sentimiento de ser escuchado, de ser reconocido. Es pasar del oír al comprender, afinar nuestra atención hacia el *“otro”* y hacia uno mismo. Las mujeres y los hombres de hoy están desafiados a desarrollar las capacidades dialógicas, propositivas y negociadoras para la convivencia presente y futura.

El fundamentalismo, que hace enmudecer la palabra, es una postura que quiebra la convivencia, es decir, es esencialmente apolítica. Pues lo político implica que los hombres

y mujeres, iguales y diferentes, se reúnan en el espacio público para dialogar, entenderse y buscar las mejores soluciones para el bien común. Se trata de trabajar por un consenso dialéctico. Lo político es mediación, es la ruptura con todas las exigencias de incondicionalidad. Los espacios públicos han sido de diferentes tipos: el ágora griega, el foro romano, las plazas y las calles del París revolucionario, y ahora el que nos toca a cada uno y cada una.

La negación de la palabra se experimenta a través de la exclusión de diversos grupos sociales y culturales. Ante la pobreza de millones, ante la discriminación y exclusión que comporta al mundo como una pirámide; ante este tipo de mundo pensar en la igualdad es imposible porque nadie se puede imaginar estar en la posición del otro. La mansedumbre da la paciencia histórica y nos arrebató la soberbia y brusquedad de quedarnos en nuestros pies y engolosinados en nuestra propia palabra, porque nos pone en los pies de los otros con amabilidad y dulzura y con ellas se *“conquista el mundo”*.

La mansedumbre y la bondad son los instrumentos *más eficaces* para el/la educador/a que quiere conquistar los corazones para el proyecto educativo que siembre la construcción de un mundo más humano. Un mundo contrario a la pirámide actual y que se pueda crear una gran mesa circular donde todos tengan comida y dignidad, derrotando el hambre y la humillación en que vivimos por la inacción de bondades que son más debilidad que otra cosa.

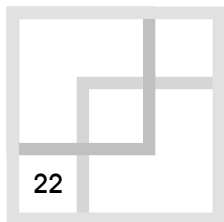
¿Cómo permanecer impassible como si nada pasara? ¡“Esta ardiendo el mundo”! y se requiere de la generosidad de todos los educadores y educadoras del mundo para realizar la educación que nos enseñe a apagar el incendio que significa que millones de seres humanos mueran diariamente por la inacción de los “buenos”.

No se trata de llevar a cabo muchas acciones sino de buscar el éxito a través de las acciones socioeducativas que estén lejos de la ira y el odio. Por eso los/as educadores/as requieren de la mansedumbre, la virtud de los vencedores, aunque aparentemente aparezcan vencidos. La mansedumbre les da la paciencia del largo plazo, la paciencia ante los caminos estrechos que dejan los egoísmos de los otros y de uno mismo. Les da la humildad para aprender de los otros, de los “más insignificantes” ante los ojos del oro del mundo; esos insignificantes que con su dolor nos ponen a elegir ante la encrucijada: o la subversión violenta o la declaración de la guerra que se lleva a cabo con *podaderas* y no con *lanzas*.

El compromiso de promover una cultura de paz lo hacen los/as educadores/as a través de una educación de la paz que persigue terminar con las violencias de las dinámicas culturales y ambientales. Esta educación tiene como método y meta la paz misma. En ella se tiene como horizonte la paz que resulta de los valores vividos: de la cooperación, la compasión, el amor, practicados cotidianamente y del cuidado del medio ambiente. Esta educación involucra al sujeto y al mismo tiempo a toda la sociedad en el compromiso con un proyecto personal y colectivo de la paz. Educandos/as y educadores/as tienen el desafío de convertirse en pacificadores.

Para San Pedro Poveda existen dos clases de dulzura, la que nace de un corazón bueno y la que nace de la hipocresía. Y nos recuerda que no nos dijeron que fuéramos al mundo o viviéramos en el mundo como tigres sino como corderos. Corderos fuertes, llenos de amabilidad, dulzura y comprensión que hacen un mundo vivible, un “otro mundo posible”.

Fabiola Luna



Perspectiva teológico-espiritual

3

Hay muchos tipos de violencia. Hay una violencia evidente, que nos indigna y horroriza, como los crímenes hediondos, la de las calles y del tránsito. Hay una violencia doméstica. Hay violencias escondidas, como la callada aceptación de la violencia contra grupos “terribles”, como los presos; contra los que “incomodan”, como los que viven en las calles; o contra los que son víctimas del prejuicio, como los negros e indígenas.

Vivimos en sociedades violentas, relacionándonos con personas y grupos intermedidos por mucha violencia. La violencia no está fuera de nosotros, sino en nosotros, en aquello que construimos como convicciones personales y que se expresan en nuestras relaciones interpersonales y sociales o en nuestras opciones políticas. Podemos potenciar la violencia con pequeñas elecciones de métodos de trabajo o educativos.

Es importante desenmascarar nuestro potencial generador de violencia, reconocerlo. Reconocer que vivimos en una cultura violenta. Es un primer paso para instaurar dinámicas de no violencia, de paz, de mansedumbre.

Esto no quiere decir que debemos negar la agresividad presente en nosotros. Debemos asumir su existencia, reconocerla, pues se trata de una dimensión humana. Al ser negada y reprimida, favorece un dualismo antropológico y un “angelismo” (considerar los seres humanos como ángeles). Aparte de eso, la represión se vuelve contra el propio sujeto en forma de culpabilidad enferma, remordi-

miento, insatisfacción consigo mismo.

Pero la agresividad puede y debe ser educada y, del punto de vista psico espiritual, debe ser integrada en pro de los valores del Reino de Dios. Los Padres del Desierto, de la tradición oriental, ya observaban que la ira consistía en una gran fuerza de lucha contra las situaciones de pecado, como demostró Jesús al expulsar a los vendedores del Templo (Mc 11,15). Pero no debería dirigirse contra las personas. Era entonces necesario distinguir ambas: la ira destructora e injusta, y la ira justa, o santa. Esta última se enciende contra las situaciones de anti Reino. El diálogo actual entre psicología y teología nos aclara bastante sobre este tema tan antiguo. El propio San Pedro Poveda decía: “debemos colocar nuestras pasiones al servicio del Reino para ser santos”. ¿Pero cómo colocar nuestras pasiones más agresivas al servicio del Reino? San Pedro Poveda nos da una pista: cultivando la mansedumbre, la amabilidad y la dulzura. En la palabra de Dios, el tema de la construcción de la paz y del ejercicio de la mansedumbre es fundamental. Hagamos un pequeño viaje por el Antiguo y Nuevo Testamentos.

Si observamos bien, la experiencia de Dios narrada por el pueblo hebreo en el Antiguo Testamento, no es un conjunto de historias edificantes. Al contrario, son historias de salvación en situaciones permeadas por la violencia. Violencias diversas: de la persona contra Dios y siendo así contra sí misma. (Gn3), de hermano contra hermano (Gn4), de naciones contra naciones (Gn 6).

Muchas veces el propio Dios es mostrado como un Dios violento y vengador. ¡La gente transfirió sus características a Dios! Fue necesario un estudio profundo para demostrar que, en la perspectiva bíblica, Dios es fundamentalmente la fuente de paz –*shalom*- y que el primer deseo del ser humano es el deseo de paz. Y *shalom* es mucho más que un pacto de no guerra. Es un estado de armonía que incluye todas las relaciones: consigo mismo, con la naturaleza, con los demás, con Dios. La violencia es, entonces, ¡un deseo de paz enloquecida!

El Espíritu de Dios, presente en la historia como energía personal (*ruáh*) de Dios, primera y creadora, es también, como el pecado humano y la introducción de la violencia en el mundo, espíritu recreador y pacificador. En circunstancias concretas de la historia, abre un camino de paz. Esto nos trae la esperanza concreta de que la paz es una posibilidad real. Depende de nosotros.

Los evangelios de Mateos y Lucas nos muestran como la mansedumbre y la construcción de la paz son bienaventuranzas del Reino de Dios, señales del Reino (Mt 5). En Jesús de Nazaret, se realizan estas bienaventuranzas. Ellas no son pasivas o angelicales, son fuerza de paz. Para San Pedro Poveda, la mansedumbre “conquista el mundo”. Ellas instauran nuevas dinámicas, cuando llevadas para el centro de las contradicciones humanas, porque construyen nuevas relaciones.

Las dinámicas de paz traen consigo nuevas relaciones. Los pobres, los que sufren, los

presos, los perseguidos por la justicia, los que tienen hambre y sed de justicia son los privilegiados. (Lc 4, 18-21). Esta reversión de pensamiento y de prácticas trae consigo un *espíritu de fraternidad e igualdad*, porque trae un movimiento doblemente satisfactorio, según el cual se rescata la dignidad de los pobres y se destituye el poder dominador y orgulloso de los poderosos: “pone los ojos sobre su humilde sierva” y “dispersa a los hombres de pensamiento orgulloso”, “exalta a los humildes” y “derrumba a los poderosos de su trono”; “cubre de bienes a los hambrientos” y “despide a los ricos con las manos vacías” (Lc 1,51-53).

Jesús trastoca la ley de la honradez y la de los privilegios, reorientando las fuerzas generadoras de violencia en dirección a otra dinámica que establece el respeto, incluye a los pobres y “diferentes”. Su honradez está en hacer la voluntad de Dios, servir a los que lo necesitan, los pobres y pecadores. Jesús convierte en realidad aquello que el salmo cantaba: “la justicia y la paz se besan”.

El poder se vuelve a colocar en su lugar de servicio, en lugar de oprimir. El poder es el ejercicio de la antiviolencia por excelencia, porque está a servicio de la justicia y la paz. No es el poder de los “reyes de naciones que proceden como señores”, ni de los que “dominan y se hacen llamar de bienhechores” (Lc 22,25). Nada de eso. El lugar del poder es el lugar de quien sirve, el primero debe hacerse esclavo, el último de todos y quien sirve debe ser como un niño delante de Dios (Mt 18,1; 20,26-27). En el gesto de lavar los

pies de sus apóstoles, Jesús sirvió en la última cena (Jo 13). Y, a quien sirve; Jesús lo llama de amigo (Jo, 15,15).

El poder de Dios manifestado en Jesús es impotente delante de la no aceptación de la gente, porque Él no se impone, no fuerza, no soborna, no subyuga, no obliga. Él es la suspensión de todo poder de dominación, mansedumbre absoluta. No pueden nada si hombres y mujeres, en su libertad radical, no aceptan y aman su camino de paz y justicia. Él es, en última instancia, el amor servidor “hasta el fin” (Jo 13,1).

Jesús, el inocente, es sometido a pena de muerte, violencia suprema, y aún así se impone a los que lo rechazan. Y más, de lo alto de la cruz, en un acto de extrema libertad, realiza el soberano pedido de perdón para los que lo crucifican (Lc 23, 34)! En la forma en que Jesús asume su muerte y en el perdón se rebela hasta qué punto llega la misericordia, que traspasa la equidad jurídica una vez que siempre presupone violencia en forma de castigo, pena, sacrificio al fin. De este modo, la victoria de Jesús al ser resucitado por el Padre es la victoria sin vencidos, es la victoria de un amor que en ningún momento se deja corromper y en ningún momento violenta.

Frente a todo esto, ¿no nos parece increíble que la mansedumbre sea una fuerza? Pero notemos que es una fuerza *destinada*. Tal vez sea el momento de volver a ver el destino de nuestras actitudes y prácticas, ver si están al servicio de la construcción activa de la paz

con justicia y no de una paz individualista y peligrosa. Podemos volver a ver también, como en lo cotidiano integramos nuestra agresividad, si es justa o injusta. ¿Cultivamos la amabilidad? ¿Cultivamos la dulzura? ¿Cultivamos la mansedumbre? Ellas “conquistan el mundo”.

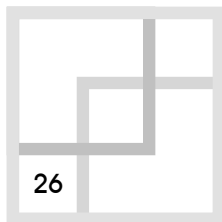
Lúcia Pedrosa de Pádua



PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

3

1. Teniendo presente la realidad actual del mundo en que vivimos, ¿creemos de verdad que **“la mansedumbre, la amabilidad y la dulzura son las que conquistan el mundo”**? ¿Intentamos vivirlas en nuestro cotidiano?
2. ¿Qué significa promover una cultura de paz en contextos como los nuestros de tanta violencia y agresividad, sin negar los conflictos y tensiones presentes en las relaciones sociales y grupales?
3. ¿Cómo nuestros centros educativos y proyectos sociales pueden ser formadores de promotores de justicia y paz?



4

Educar en tiempos difíciles nos desafía a articular teoría y práctica, pensamiento y acción, a buscar continuamente una coherencia en la vida, concientes de que “las obras, sí, son las que dan testimonio de nosotros y dicen con elocuencia incomparable lo que somos”.



Perspectiva socioeducativa

Conocemos desde dentro del mundo, de una mentalidad y un lenguaje, a partir de ahí se construyen los significados y se conoce en diálogo con nuestros semejantes. Lectura del mundo, mentalidad y lenguaje se relacionan dinámicamente en la construcción del conocimiento. Esto no quiere decir que la razón no sea importante, sino que existen distintas racionalidades que entran y participan en el momento o el acto de conocer, que hacen que el conocimiento pueda ser enfocado como una reconstrucción de sentidos y relaciones, al que se llega a través no de una única racionalidad sino de varias. De aquí que el conocimiento sea concebido como una capacidad marcadamente activa que nos impulsa para intervenir en la realidad construyendo relaciones entre los elementos que surgen de la experiencia colectiva y/o individual.

La Propuesta Socioeducativa de la Institución Teresiana, nos recuerda que en situaciones muy diversas, nuestros pueblos han sabido articular espacios de construcción de saberes sociales a partir de experiencias culturales de organización y de relaciones que han dado por resultado prácticas sociales y conocimientos integrados en el mundo de la vida. Es necesario hacer una reflexión crítica de esos saberes y prácticas presentes en la dinámica de nuestras organizaciones, sistematizando sus conquistas para confrontarlas con nuestro horizonte de valores y sueños. Nuestro unir fuerzas con otros nos permitirá ir compartiendo y transformando aquellos conocimientos y prácticas que no redundan en mejor comprensión de la realidad, en la solidaridad, la igualdad, la democracia participativa, de forma que podamos crear

nuevas maneras de producción de saberes y prácticas sociales emancipadoras.

El/la educador/a que es capaz de articular en su trabajo cotidiano la teoría con la práctica, el pensamiento con la acción muestra que nuestra manera de estar en el mundo y con el mundo como seres históricos, es la capacidad de interviniendo en el mundo, conocer el mundo. Pero no sólo nosotros somos seres históricos, si no que también el conocimiento es histórico. Y va normalmente siendo producido, reproducido y superado por nuevos conocimientos y formas de conocer e intervenir en la realidad. Por eso que es tan fundamental asimilar los conocimientos existentes como estar abiertos y preparados a producir nuevos conocimientos. Enseñar, aprender e investigar son parte del mismo proceso gnoseológico en el que se enseña y se aprende el conocimiento ya existente o en el que se trabaja en la producción de conocimientos todavía inexistentes. Es en esa red de construcción de conocimientos a partir de diferentes racionalidades, en la que desarrollar una actitud estudiosa e investigativa se torna vital para la existencia humana, donde permanentemente debemos dinamizar, abrir, flexibilizar, criticar, enriquecer y rehacer nuestros conocimientos.

Dada la importancia del conocer y construir el conocimiento colectivamente a fin de poder responder más cualificadamente a los desafíos y necesidades del mundo de hoy, un reto para nuestras instituciones que a veces corren el riesgo de colocar sólo el énfasis en la acción, es el articular la acción con la

reflexión creando ambientes, grupos, comunidades que estimulen una actitud estudiosa e investigativa constante como talante de vida. Ambientes que despierten curiosidad y generen preguntas sobre la realidad y el contexto en el que vivimos, especialmente el de exclusión, que lo analicen críticamente, y que nos desafíen a ensayar respuestas comprometidas comunitariamente, colectivamente y no sólo individualmente. Espacios donde el mundo inmediato, local, se articule y amplíe para contextos más amplios, universos planetarios y viceversa.

Un aspecto importante para *educar en tiempos difíciles* articulando teoría-práctica, pensamiento y acción es desarrollar tanto la capacidad de riesgo, de abertura a lo nuevo y a la diversidad, cuanto de rechazo de toda y cualquier forma de discriminación. La práctica prejuiciosa y excluyente de género, étnica, de clase, religión, etária, etc. ofende la esencia del ser humano y niega la democracia.

La gran tarea del educador/a en esta línea no es transferir, depositar, ofrecer, donar, el entendimiento de la realidad y del mundo al otro/a como a un objeto pasivo. La gran tarea del educador/a que ejercita como ser humano la práctica y el derecho irrecusable del pensar y entender es desafiar al educando con quien se comunica y a quien comunica, a producir su propia comprensión de lo que está siendo comunicado. No hay inteligibilidad que no sea comunicación e intercomunicación y que no se funde en el diálogo.

Nuestro éxito y reto como educadores/as en

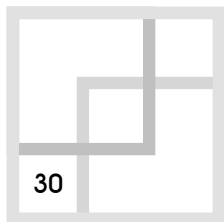
tiempos difíciles en el mundo actual es mantener la convicción que nos inquiete de que es posible el cambio, la transformación, de que es necesario cambiar la realidad, que no podemos pactuar con las estructuras y situaciones que mantienen a gran parte de la población mundial en la pobreza y la miseria. No podemos pactuar con las situaciones que perpetúan la injusticia y la exclusión. Esa convicción que se transforma en saber se erige en principio de acción y abre camino a la construcción en la práctica de otros saberes indispensables que desencadenan el proceso de nuevos conocimientos. Y así podremos decir junto con San Pedro Poveda *“las obras, sí, son las que dan testimonio de nosotros y dicen con elocuencia incomparable lo que somos”*.

Susana Sacavino



Perspectiva teológico-espiritual

4



“Hermanos, ¿qué provecho saca uno cuando dice que tiene fe, pero no la demuestra con su manera de actuar? ¿Acaso lo puede salvar su fe? Si a un hermano o a una hermana le falta ropa y el pan de cada día y uno de ustedes les dice: ‘que les vaya bien; que no sientan frío ni hambre’ sin darles lo que necesitan, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe si no se demuestra por la manera de actuar: está completamente muerta (...) Ya lo ven: son las obras las que hacen justo al hombre y no sólo la fe” (Stgo 2, 14-18.24)

La tensión fe y obras, presente desde los inicios del cristianismo, constituye un desafío para los creyentes. Se corre el peligro de vivir una fe intimista, limitada al ámbito de la persona con Dios, en un verticalismo que no da como fruto el compromiso fraterno. Fue mérito de la teología latinoamericana volver a explicitar y enfatizar lo que ya el Espíritu desde el inicio del cristianismo venía manifestándose en la multitud de carismas y servicios presentes en la Iglesia.

La fe en Dios no se demuestra, no se comprueba, no se examina como un objeto de laboratorio. Pero la fe se muestra, se valida, se hace eficaz en el compromiso solidario con los otros. El documento de Puebla describió con claridad quiénes son esos “otros”, o como preguntaba el Maestro de la Ley en el evangelio ¿quién es mi prójimo? (Lc 10, 29). Los destinatarios predilectos de este compromiso solidario son los más pobres, los excluidos, los marginados de cada momento histórico con rostros muy concretos: niños golpeados por la pobreza, jóvenes

desorientados, indígenas y afro-americanos, campesinos, obreros, sub-empleados y desempleados, marginados y hacinados urbanos y ancianos (Cf. 32-39), rostros que la Conferencia de Santo Domingo pide alargar al tomar en cuenta las políticas de corte neoliberal que profundizan la brecha entre ricos y pobres al desregular indiscriminadamente el mercado, la legislación laboral y reducir los gastos sociales que protegían a las familias de los trabajadores (Cf. 179). Hoy en día también podemos nombrar a todos los excluidos en razón del género, la raza, la religión, la nacionalidad, etc.

También se corre el peligro de sobrevalorar las obras realizadas y creer que ellas por sí solas son capaces de transmitir la humanización que se necesita y la comunicación de la fe que puede abrir a las personas a la dimensión trascendente. La primera encíclica de Benedicto XVI “Dios es amor” (25-12-2005) llama la atención sobre la especificidad de la caridad cristiana: no se limita a proveer de los bienes materiales sino también “el sosiego y cuidado del alma” (28b) en el sentido de esa capacidad que tienen las obras hechas desde el amor de Dios de transparentar su presencia. En otras palabras, de comunicar ese don gratuito de Dios que se acerca a curar y a solventar todas las necesidades del ser humano a través de las mediaciones humanas que hacen presente el actuar de Jesús entre nosotros.

San Pedro Poveda nos invita a vivir esta tensión integradora entre lo que se es y las obras que se realizan y actualiza, de esta manera, la

insistencia del apóstol Juan de no amar con puras palabras y de labios afuera, sino verdaderamente y con obras" (1 Jn 3, 18). Más aún nos invita a validar nuestro amor a Dios -a quien no vemos- a través del amor a los hermanos a quienes vemos (Cf. 1 Jn 4, 20).

En este horizonte son muchas las preguntas que interpelan la misión de la Institución Teresiana. ¿Qué transmiten nuestras obras? ¿De qué dan testimonio? ¿Es un testimonio elocuente? ¿Responde eficazmente a los desafíos de este tiempo presente? Al estilo de los primeros cristianos las obras son las que hablan sin palabras, convencen sin polémicas, atraen sin coacción. De los primeros cristianos, según Tertuliano, se decía "mirad como se aman" y ese testimonio fue el que permitió la expansión del cristianismo en un contexto tan difícil y contrario a la vivencia cristiana.

Las palabras de San Pedro Poveda nos recuerdan con insistencia que son las obras las que permiten conocer, no lo que "hace" la Institución sino lo que ella realmente "es". Lo que cada uno de sus miembros vive y cree. Ellas transmiten la experiencia de fe que nos convoca y muestran la vitalidad de la presencia del Espíritu que conduce y anima toda obra evangelizadora.

Una acción educativa permeada por la coherencia de vida, por la articulación fe y obras, por la interdependencia entre pensamiento y acción podrá contribuir eficazmente en la formación de sujetos integrales e integrados, de personas que también mostrarán por sus

obras lo que son y los valores más profundos que las constituyen.

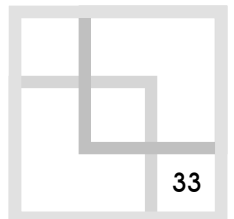
"El árbol se conoce por sus frutos" (Mt 7, 15-19) es la figura evangélica que siempre valida la acción evangelizadora de la Iglesia que, en nuestro caso, corresponde a las obras teresianas y, concretamente, a su compromiso educativo con la transformación social. Los frutos dejan ver lo que realmente sostiene, anima, orienta y dirige toda obra. Un árbol malo no puede dar frutos buenos. Pero un árbol bueno produce frutos al estilo de la semilla que cae en tierra buena y fructifica plenamente (Cf. Mt 13, 8). En este sentido, San Pedro Poveda nos remite a la "elocuencia incomparable" con que deben hablar nuestras obras. Es una elocuencia que no se confunde con el prestigio ni el poder. Es la elocuencia que surge de la vida animada por el Espíritu y que hace preguntar por el motivo, la causa, la razón de una vida puesta al servicio de los demás y, en nuestra sociedad, de los más necesitados, de los preferidos de Dios que en cada momento histórico tienen rostros concretos que debemos privilegiar.

Basta de muchas palabras. Basta de justificaciones. Basta de razones y propósitos. San Pedro Poveda nos sitúa en el corazón de la eficacia de la obra evangelizadora que llevamos entre manos: las obras son las que hablan y con fuerza, las que nos permiten transparentar lo que somos, las que podrán decir a los contemporáneos que un actuar así vale la pena.

Consuelo Vélez

PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

1. Reconocemos que los conocimientos son historicamente construidos y existen distintas racionalidades y saberes? Valoramos los saberes sociales de los distintos grupos culturales de América Latina? ¿Qué diálogo promovemos entre esos saberes y los conocimientos producidos por las distintas ciencias?
2. ¿Qué significa para nosotros/as articular teoría y práctica? Cómo trabajamos esta articulación en nuestros centros educativos y proyectos sociales?
3. ¿Cómo vivimos en nuestro cotidiano la relación fe-obras? Estamos convencidos/as de que **“las obras, sí, son las que dan testimonio de nosotros y dicen con elocuencia incomparable lo que somos”**?



5

Educar en Tiempos Difíciles interpela a todo educador, a toda educadora a “preocuparse de que cada persona dé de sí todo lo que pueda dar”, confiando en el potencial de crecimiento de cada uno/a y favoreciendo el empoderamiento de cada persona, especialmente de aquellos/as pertenecientes a grupos sociales excluidos, social y culturalmente, u objeto de discriminación de cualquier tipo.



Perspectiva socioeducativa

5

En la escuela de San Pedro Poveda, formar personas capaces de ser sujetos de su propia vida y actores sociales, es una exigencia ineludible de todo proceso educativo. En varios de sus escritos coloca de forma explícita claramente esta búsqueda:

Para educar es preciso conocer a la persona que se educa: sin este conocimiento, hasta los medios más excelentes serán infructíferos (1912)

Dejen que cada uno sea como es (...) es difícil calcular los males decurrentes de esta tonta presunción de querer que todos sean como queremos, sin jamás querer dejar de ser nosotros mismos (1913)

La diversidad de caracteres, cultura, etc., imprimen modalidades específicas que son inevitables, y no queremos anular la personalidad de cada persona, al contrario, procurar perfeccionarla (...) (1913)

Estamos seguros que la centralidad de la persona es una de las conquistas fundamentales de la pedagogía moderna. Sin embargo, hoy esta afirmación es fuertemente cuestionada por una doble perspectiva.

La primera es la que reduce la educación a un bien de consumo más, orientada a la afirmación de una sociedad que tiene en el mercado, en el individualismo y en la competencia, algunos de sus ejes fundamentales. No son éstas las referencias fundamentales de la educación que queremos promover. Apostamos en la educación como derecho de toda persona y todo grupo social a un

pleno desarrollo de sus potencialidades, lo que supone personas integradas, dueñas de sus vidas, solidarias y capaces de construir con otros, con identidades estructuradas y dinámicas, que ejerzan una ciudadanía activa y participante.

La segunda nos habla al respecto de las propias concepciones de sujeto e identidad. Para varios autores, particularmente para los que se sitúan en una perspectiva post moderna radical, son las propias nociones de sujeto e identidades que hoy están en cuestionamiento. Se afirma el carácter fragmentario, inestable y fluido de las identidades. Vivimos en un mundo marcado por lo descartable, lo efímero, lo *light*. Nos penetra la inestabilidad en todos los sentidos, de la social a la personal, de lo local al planetario. Vivimos en la incertidumbre y en la falta de referencias estables en el trabajo, en el ámbito económico, en la vida política, en las relaciones interpersonales e incluso en la dimensión ética de la vida. Todo parece provisorio y frágil. ¿A qué atenerse? es una pregunta que se repite. Por otro lado, no es posible que hoy se conciban las identidades como una construcción que no incorpore pluralidad. Somos uno y somos muchos. Nuestras identidades se construyen en la pluralidad de referencias sociales, culturales y trascendentes. Se trata de una construcción en red que necesita de coherencia y de hilos que la articulen. Estimular la identificación de estos hilos que favorezcan la unidad en la pluralidad es un reto especialmente importante en el contexto actual.

Teniendo presente estas realidades, consideramos que actualmente emergen dos aspectos que son importantes para los procesos

educativos que apuestan en la centralidad de la persona. Estos son: la alteridad y el empoderamiento.

Hoy el tema del diálogo con el "otro", con el diferente está especialmente presente en nuestras sociedades y presenta una configuración propia en nuestro continente. Si para las referencias modernas, la igualdad era/es el valor central, la llamada post modernidad tiene en la diferencia su principal preocupación. Los movimientos que afirman identidades particulares asumen hoy una importancia muy especial, sobre todo los referentes a grupos que, de alguna forma, fueron excluidos o silenciados por la cultura hegemónica. En América Latina, son los grupos originarios y los afro descendientes que ocupan un lugar privilegiado en los movimientos, discusiones y búsquedas con miras a constituir sociedades en que los derechos de todas las personas, culturas y grupos sociales sean respetados.

Considero que hoy no es posible reflexionar sobre la formación de sujetos e identidades sin tener esta problemática en mente. La cuestión del "otro" presenta en el mundo actual especial dramaticidad. Los otros, los diferentes, muchas veces están cerca o incluso dentro de nosotros, pero no estamos acostumbrados a verlos, a oírlos, reconocerlos, valorizarlos ni interaccionamos con ellos. En la sociedad en que vivimos hay una dinámica de construcción de casos de desvío social y cultural que confinan diferentes grupos socioculturales a espacios diferenciados, donde solamente los considerados *iguales* tienen acceso. Al mismo tiempo, se multiplican las rejas, los muros, las distancias, no sólo fisi-

cas, sino también afectivas y simbólicas entre las diferentes personas y grupos cuyas identidades sociales y culturales se diferencian por ser parte de grupos sociales, étnicos, de género, etc. Estos procesos también se dan en los contextos educativos y los casos de discriminación y racismo asumen diversas manifestaciones. La interacción entre los diferentes está muchas veces caracterizada por conflictos, negación y exclusión mutuos, que pueden llegar a diversas formas de violencia.

El/la educador/a tiene un papel mediador en la construcción de relaciones interculturales positivas, lo que no elimina la existencia de conflictos. El desafío está en promover aunque de forma mínima, situaciones en las que sea posible el reconocimiento entre los diferentes, ejercicios en que promovamos el colocarse en el punto de vista, en el lugar sociocultural del otro, con esto descentralizando nuestra visión y estilo de enfrentar las situaciones como siendo las mejores, las verdaderas, las auténticas, las únicas válidas. Para esto es necesario promover procesos sistemáticos de interacción con los *otros*, sin caricaturas ni folclorización. Se trata también de favorecer que nos situemos como los otros, los diferentes, siendo capaces de analizar nuestros sentimientos e impresiones. Es a partir de esto, conquistando un verdadero reconocimiento mutuo, que seremos capaces de construir algo juntos/as.

El segundo aspecto, íntimamente relacionado con el anterior, y que consideramos necesario trabajar en los procesos educativos, es el relacionado al empoderamiento de personas y grupos socioculturales, especial-

mente los más excluidos en las sociedades en que vivimos. El “empoderamiento” comienza por liberar la posibilidad, el poder, la potencia que cada persona tiene para poder ser sujeto de su vida y actor social. Trabaja la autoestima, el auto concepto y favorece la multiplicidad de experiencias a través de las cuales las personas pueden explorar y descubrir sus diferentes potencialidades. El “empoderamiento” tiene también una dimensión colectiva, está relacionado al reconocimiento, organización y participación activa en la sociedad civil de grupos sociales minoritarios, discriminados, marginados, etc., favoreciendo su plena ciudadanía.

Educación en Tiempos Difíciles supone un mirar amoroso, solidario y el reconocimiento profundo del potencial, aunque muchas veces este potencial no haya sido explotado por cada persona y cada grupo social y cultural, favoreciendo el diálogo entre ellos, el apoyo mutuo y la construcción conjunta.

San Pedro Poveda nos ofrece algunas claves importantes de personalización, valoración positiva de cada persona, acompañamiento, clima de expansión, participación, afecto y libertad, así como un horizonte abierto a la solidaridad, al compromiso y a la trascendencia. Para él ser persona es algo muy profundo. Supone la dimensión psicológica, ética, sociopolítica, cultural y espiritual. Exige la promoción de un proceso de interiorización que no aísla del mundo, y sí favorece un compromiso con su transformación en la perspectiva de humanización.

Vera Maria Candau

Perspectiva teológico-espiritual

“Preocuparse de que cada persona dé de sí todo lo que pueda dar”. Con esta frase, San Pedro Poveda muestra la necesaria confianza y nos apuesta que debemos hacer algo para el crecimiento del otro. ¡Todos pueden dar lo mejor de sí, participar, realizar!

Podemos iniciar nuestra reflexión imaginando que no todos dan lo que pueden dar. Algunos no dan todo lo que pueden dar por alienación, comodidad, resistencia. Otros, hasta por pereza. Pero, en sociedades injustas y políticamente autoritarias como las nuestras, muchos, para dar, precisan al mismo tiempo ser curados: de una autoestima profundamente herida; de una marginación, que de tan fuerte y persistente, fue interiorizada; de la opresión racial o sexual que inferioriza; de enfermedades físicas o psíquicas. ¿Qué significaría “preocuparse” con ellos? Veamos dos fuentes aclaradoras: los evangelios y la “opción por los pobres de la Iglesia Latinoamericana”.

La praxis de Jesús de Nazaret, en los evangelios, revela su constante preocupación con los marginados, para que se desarrollen a sí mismos, a sus potencialidades y a su propio poder. Ejemplo elocuente de esto es la narración del encuentro entre Jesús y la mujer



5

que sufría de hemorragia (Mc 5,25-34). Ella quería una nueva vida, pero no sabía dónde buscar, estaba perdida, no sabía a dónde ir. Era mujer, y por eso considerada inferior. Desde hacía varios años enferma y por eso empobrecida, todo lo que tenía lo había gastado con médicos, que no la habían curado, al contrario, estaba peor. Aparte de esto, su enfermedad la colocaba en una posición de impureza religiosa. Los flujos de sangre (menstruaciones, hemorragias) tornaban a la mujer impura y exigían purificación ritual, antes que pudiese retornar a la convivencia social (Lv 15, 24-30). Aquella mujer, enferma hacía doce años, hacía mucho que no convivía socialmente y no recibía cariño, ningún cariño, amparo y amor. Su discriminación era sexual, social, religiosa y afectiva. Pobre mujer. Pero a pesar de su lucha, no desistía. Al saber sobre Jesús, en su interior se produjo una esperanza que la animó y rompió sus prejuicios. Fue en su dirección. Intrépida, tocó el borde del manto, en un momento en que sabía que no podrían verla. Sin embargo, algo inesperado le ocurrió. Al tocarlo, se sintió curada. Todavía más inesperada fue la reacción de Jesús preguntando quién lo había tocado y exigió que la persona se manifestara públicamente. La mujer lo hizo “temblando de miedo”. Invisibilizada, se tornó visible, Silenciada, alzó su voz. Confinada al espacio privado de su casa, ganó el amor de Jesús y el respeto de sus seguidores. Es difícil imaginar un cambio tan completo en su vida. Fue devuelta a sí misma encunto mujer, restaurada en sus potencialidades perdidas por la enfermedad y la discriminación, reconocida en sus dere-

chos de ciudadanía negados y en su poder.

Este pasaje del evangelio no es el único que nos muestra la preocupación de Jesús en devolver a la persona a sí misma y en restaurar su dignidad siendo miembro de una comunidad y de un pueblo. Jesús se preocupó y se ocupó incansablemente con estas situaciones, lo que hace de esta preocupación-ocupación un elemento constitutivo de la espiritualidad cristiana.

Inspirada en la praxis de Jesús, la Iglesia latinoamericana, en los años sesenta y setenta, operó una notable transformación en la forma de auto concebirse. En el surco del Concilio Vaticano II, pasó de ser una afirmación de una Iglesia *para* el pueblo para la afirmación de ser una Iglesia *del* pueblo. La diferencia está en la apuesta en el potencial evangelizador de los pobres, en la alteración de una posición básicamente asistencialista con relación a ellos y en la confianza en la madurez de los fieles. Finalmente, desde sus orígenes, la Iglesia fue formada por una mayoría marginada, que en ella encontraba un espacio de igualdad, acogida y participación.

Dos conferencias latinoamericanas fueron fundamentales para esta concepción de la Iglesia. La de Medellín (1968) en la que se despertó para la necesaria solidaridad para con los que sufren la pobreza injusta. Y la de Puebla (1979), que proclamó solemnemente “una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres” (Nº 1134). Optar por los pobres, según esta conferencia, es optar por practicar la justicia, por denunciar

y transformar los mecanismos históricos y sociales estructurales que generan la injusticia y la pobreza. De esta forma los pobres dejan de ser objetos para tornarse sujetos de liberación, a través de prácticas liberadoras.

Es verdad que la práctica de las Iglesias (todos los cristianos) no siempre es coherente. Vemos hasta una cierta regresión en esta postura, debido a varios factores que no comentaremos aquí. Pero la referencia y la dirección están puestas, y bien puestas, para orientar nuestras prácticas y alimentar nuestra espiritualidad.

Que diferente es la postura de quien prefiere frases como: los pobres no están preparados para realizar tal o cual acción; las mujeres no sabrán ejercer el poder, tal pueblo jamás se levantará o aprenderá la democracia. Son frases que revelan actitudes prejuiciosas y no de un empeño diligente para que “cada persona dé de sí todo lo que pueda dar”, preocupación y ocupación de Jesús y orientación de su Iglesia. Hasta se parecen con la frase prejuiciosa proferida por Natanael a Filipe, al saber sobre Jesús de Nazaret: “¿De Nazaret puede salir algo bueno? (Jo 1,46). Vale recordar la sabia respuesta de Filipe: “Ven y verás”.

Debemos regresar a algo que dijimos al principio. Algunos no dan todo lo que pueden por otros motivos: por alienación, comodidad, egoísmo, resistencia. Otros hasta por pereza. ¿Qué podría significar “preocuparse” con ellos? Una posibilidad sería: trabajar su motivación. En las sociedades de consumo, una gran cantidad de “vendedores” bus-

can motivar consumidores para que compren sus productos. También las empresas, al contratar nuevos candidatos, observan el nivel de motivación que presentan para realizar bien sus funciones. Los vendedores y las empresas descubrieron una poderosa fuente de energía, la energía motivacional. Pero, ¿para dónde es dirigida? La motivación madura, evoluciona, puede reforzarse con las motivaciones ajenas. Saber motivar y motivarse es un arte difícil en el proceso de madurez psico espiritual. Hacer que coincida esta motivación en el momento justo de la madurez, es la oportunidad de impulsar conductas en la dirección deseada. La motivación supone dar valor a metas, supone tener conciencia de los recursos y apoyarse en puntos de arranque que llevan consigo una opción de valores muy personal. Las motivaciones van configurando el interior de la persona, van dándole calidad interna que tal vez no sea vista desde afuera, pero que acaba traspareciendo.

Jesús de Nazaret fue un hombre al máximo motivado. Esto porque el centro de su motivación no estaba en él mismo, sin embargo lo realizaba y alimentaba. Decía: “Mi alimento es cumplir la voluntad de aquel que me envió” (Jo 4,34). Jesús se donó todo lo que podía donarse, hasta su propia vida. Semejante sentimiento demostró San Pedro Poveda, trabajador incansable, mártir de la fe. Como educadores/as, podemos ver a Jesús y aprender. En nuestra vida personal y en nuestras prácticas, apostar en motivaciones más abiertas, en las cuales el centro está fuera de nosotros, purificando nuestras mo-

tivaciones más egoístas. Así la motivación se abre a otros, se hace menos egocéntrica y más fecunda.

Con todo esto, vemos que “dar lo que podemos dar” es también un don, donado, en la

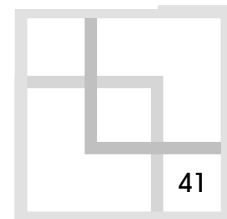
forma de deseo, a todos. ¿La espiritualidad potencializa esta entrega? ¿Mis prácticas revelan la preocupación de que todos se den, apostando en el otro, especialmente en el marginado? ¿Mis prácticas revelan mis motivaciones más profundas? ¿Sabemos motivar?

Lúcia Pedrosa de Pádua



PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

1. En nuestros ambientes socioeducativos nos preocupamos de que **“cada uno dé de sí todo lo que pueda dar”** ¿Damos espacio para que todos/as y cada un/a pueda manifestar sus ideas, preguntas, búsquedas, iniciativas? ¿Qué favorece que algunas personas desarrollen un proceso activo de madurez y otras no?
2. ¿Cuáles son los principales desafíos que enfrentamos para favorecer la construcción de sujetos e identidades capaces de integrar dinámicamente las plurales referencias presentes en sus vidas?
3. ¿Promovemos en nuestros centros educativos y proyectos sociales el diálogo con los diferentes? ¿El empoderamiento de los diversos sujetos y grupos sociales, especialmente de aquellos marginados, discriminados o excluidos de nuestras sociedades? ¿Cómo? ¿Qué metodologías, estrategias, actividades presentaron resultados positivos?



6

Educar en tiempos difíciles, sólo es posible si somos profesionales competentes y actualizados que creemos que, "el estudio no es para nosotros solamente algo bueno, útil y provechoso, es algo necesario imprescindible... Hay que enamorarse del estudio... empeñémonos en incorporarlo en nuestras vidas, haciendo que sea una verdadera necesidad".



Perspectiva socioeducativa

6

Para San Pedro Poveda el compromiso con el estudio es connatural a la misión del educador/a. Es una actitud y una práctica a ser desarrollada a lo largo de toda la vida, en la perspectiva de la formación permanente. ¿Por qué? Porque para poder tener una presencia dialogante, crítica y propositiva en la sociedad, los/as educadores/as tienen que ser profesionales competentes, actualizados y participantes activos del debate cultural. Solo así es posible que el/la educador/a sea lúcido, se comprometa y sea un agente cultural. Si no conoce la realidad externa de la institución o proyecto educativo, o no está dispuesto a desarrollar su mirada crítica sobre ese entorno, está destinado a vivir en una especie de “ceguera”, a orientar su trabajo hacia fines que no necesariamente contribuyen a la autorrealización de las personas ni a la transformación del mundo en el que le ha tocado vivir.

San Pedro Poveda da al estudio y a la ciencia un lugar central en la vida de los que se vinculan a su propuesta. Citamos alguna de sus afirmaciones que nos permiten detectar el valor que les asigna a ambos:

- “Con el Espíritu pongo yo la ciencia y considero que Espíritu y ciencia es la forma sustancial de la Institución”
 - “Vayamos pues en pos de las ciencias de los libros, de los maestros, de las bibliotecas, de las investigaciones de toda orden, de cuanto represente cultura.”
 - “En el desarrollo de la Obra ejerce poderosa influencia el estudio. Su necesidad se toca cada día. Se siente su falta.”
- Todo/a educador/a, si quiere serlo de ver-

dad, ha de cultivar el estudio, el interés por las cuestiones humanas y realidades sociales del momento. El compromiso con el estudio se convierte para nosotros en un desafío para poder ofrecer al mundo una colaboración activa y responsable en la transformación de la realidad. Como afirma San Pedro Poveda: *“Hay que enamorarse del estudio, hay que adquirir una santa obsesión por el estudio: hay que pensar en ello y hablar de ello entre vosotras y poner a contribución vuestro ingenio para buscar medios, para adquirir hábitos, para incorporar a vuestra vida el estudio haciendo de él una verdadera necesidad.”*

Reconocido el valor del estudio como fundamental en nuestra misión de educadores/as, este supone además el aprendizaje permanente en una actitud interrogativa y de búsqueda continua ante los problemas de la vida. La actitud crítica y desmitificadora ante los “ídolos” culturales, una capacidad integradora de la teoría y de la práctica.

Todo ello supera una forma de entender el estudio centrado sólo en lo académico por sí mismo, se opone a un seguimiento de la “moda” intelectual, a hacer del estudio un objeto más de consumo, y en cambio convertirlo en una opción ligada con la construcción de la autonomía intelectual y moral del educador/a.

Fuertes desafíos se abren para el educador ante la responsabilidad del estudio: la honestidad intelectual, el carácter interdisciplinar de la ciencia hoy, el compromiso con la justicia, el reto de la construcción comunita-

ria de la cultura. Esto exige de nuestra parte la capacidad para abordar la ciencia, y el estudio, de otra manera:

- romper con el modelo de la búsqueda de conocimiento como una actividad aislada de individuos y asumirla como una tarea en la que se producen construcciones colectivas que son fruto de la cooperación;
- pasar de la lógica de las explicaciones lineales y del paradigma newtoniano de las ciencias (que concibe al mundo como una máquina) a una búsqueda de relaciones multicausales y el paradigma de la complejidad (que concibe al mundo como un sistema que genera sus propias emergencias o nuevas realidades);
- dejar de imaginar que nuestras producciones científicas son neutras y ascépticas, y asumir que el conocimiento científico también está impregnado de nuestras creencias y de nuestras intenciones, y que sólo en el contraste de visiones y la deliberación vamos construyendo la realidad, acercándonos a la verdad y ofreciendo alternativas adecuadas y justas.

Educación en tiempos difíciles es apostar por reconstruir la comunidad humana, en consecuencia pide una renovada disciplina de estudio. Por eso, el/la educador/a ha de colocarse humilde y valientemente en actitud estudiosa, dispuesto también a abrir espacios para aprender juntos, para buscar y crear con otros, convencido de que “no hay docencia sin discencia” (Paulo Freire). En otras palabras, el/la educador/a ha de reconocer que sólo quien aprende es capaz de acompañar

a otros en los recorridos y dificultades que supone aprender.

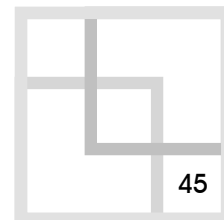
En síntesis, entendemos el estudio como una actividad que construye a la persona mediante una búsqueda siempre renovada de la verdad, que nos prepara para el servicio a los demás que nos compromete con la realidad circundante y nos invita a transformarla en colaboración con aquellos que la viven. El estudio capacita al educador/a para vivir en actitud abierta, para descubrir la sabiduría profunda para escuchar a todos/as y aprender de todos/as.

Nuestro estudio deberá ir siempre acompañado de preguntas que en muchos casos se identifican con aquellas que nos ayudan a enfocar nuestro modo de trabajar ¿Qué experiencias de vida se nos hace auténticas experiencias de aprendizaje? ¿Qué lección me ofrecen los acontecimientos esperados o inesperados? ¿Qué paso de reflexión y capacidad de análisis deja en mí la lectura frecuente, la reflexión sobre datos y hechos? ¿Ofrezco un saber repetitivo? ¿O por el con-

trario estímulo la capacidad investigadora y crítica de la realidad? ¿Me atrae la comprensión nunca agotada de la persona humana? ¿Me pregunto por las cuestiones éticas que acompañan el desarrollo científico? ¿Tengo la sensibilidad desarrollada para que los análisis de la realidad en los que tomo parte contribuyan a hacer avanzar un sentido de solidaridad, de justicia de inclusión? ¿Me acompaña en toda esta búsqueda la preocupación por la dignidad de la persona humana y sus derechos?

Regresando a nuestro planteamiento inicial, *"...el estudio no es para nosotros solamente algo bueno, útil y provechoso, es algo necesario imprescindible..."*, porque gracias a él la voz plural tiene posibilidad de ser un concierto verdadero (de común acuerdo, un ajuste entre las partes): un concierto de perspectivas, de creencias, de miradas de la realidad... y de voluntades para caminar en la misma dirección. Hacia el horizonte de la transformación de cada persona y de la realidad que ellas mismas construyen.

Bertha de la Portilla



Perspectiva teológico-espiritual

El Concilio Vaticano II marcó un hito en la vida de la Iglesia y en su misión evangelizadora. Fue punto de llegada del conflicto que vivió la Iglesia frente al modernismo y marcó una nueva manera de definirse ante él. Para entender mejor, basta recordar que la cosmovisión sacralizada de la realidad fue profundamente cuestionada por la ciencia moderna y provocó, por parte de la Iglesia, un rechazo frontal a dicho movimiento. Fue muy lentamente como la Iglesia fue pasando de una actitud de condenación excluyente a una apertura al diálogo y al enriquecimiento mutuo.

El Vaticano II cristalizó esa nueva actitud y se constituyó en punto de partida de una nueva manera de estar frente al mundo, frente a los avances de la ciencia, frente al devenir histórico. Especialmente, la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, llamó la atención sobre la necesidad de escuchar los gozos y esperanzas, los sufrimientos y las dificultades del tiempo presente. Se comprometió a atender a los signos de los tiempos para descubrir en ellos la voz de Dios que se revela en la historia. Decidió responder con fe y amor a la nueva cosmovisión secularizada que surgió como fruto de la modernidad. A los cuarenta y un años de la clausura del Concilio Vaticano II estas orientaciones son aún una tarea incipiente, pero depende de todos y todas en la Iglesia hacerlas realidad.

En este horizonte, el binomio fe-ciencia cobró todo su sentido y se impuso una reflexión sobre estos dos términos. Para algunos este binomio es irreconciliable. Señal de madurez y de pensamiento crítico es asentar



la vida sobre la ciencia. Todo aquello que no sea validado por ella, carece de sentido y sólo sirve para mantener la alienación de las personas y de los pueblos. Para otros lo único válido es la fe, garante de un orden moral en el mundo y de fidelidad a la trascendencia divina sobre todo lo creado. Ante estas posturas se hace urgente articular estas dos realidades, mostrando su mutua implicación.

Conviene hacer una pequeña aclaración antes de seguir adelante. Por secularismo entendemos una negación de la trascendencia. Por secularización entendemos la autonomía de las realidades creadas y el actuar salvífico de Dios en esa misma realidad. No hay dos órdenes de realidad sino que Dios se manifiesta en obras y palabras íntimamente relacionadas en la historia humana donde los seres humanos gozan de verdadera libertad y autodeterminación (cf. Dei Verbum 2). En el primer horizonte la articulación fe-ciencia es impensable. En el segundo horizonte, propio de Vaticano II, está articulación no sólo es necesaria sino imprescindible.

Mediación indispensable para lograr esta articulación, es el compromiso serio, profundo y constante con el estudio. En palabras de San Pedro Poveda *“enamorarse”* del estudio, *“incorporarlo”* en la propia vida. En la medida que nos formamos con la seriedad y la profundidad que los tiempos requieren, la fe puede madurar, fortalecerse y crecer para responder con sentido a los desafíos de cada momento histórico. Así mismo, una fe fuerte, comprometida, madura, no puede menos que orientarnos hacia el estu-

dio para responder al llamado del apóstol Pedro: *“Siempre estén dispuestos para dar una respuesta acertada al que les pregunta acerca de sus convicciones”* (1 Pe 3, 15).

La fe no es una creencia ciega. No es un sentimiento confuso. No es una intuición imposible de expresar. La fe es la respuesta personal al llamado del Señor que nos habla a través de su Palabra, leída y confrontada con los retos de cada momento histórico. Porque esta respuesta quiere hacerse con toda la integridad humana de que se es capaz, una formación humana con seriedad y responsabilidad es parte integrante de la experiencia de fe.

Santa Teresa de Jesús recomendaba que se buscara a *“los letrados”* para la dirección espiritual, en el sentido, de que un conocimiento adecuado puede librarnos de los errores de la ignorancia intelectual y espiritual. La vida de santidad no está separada del compromiso intelectual. Por el contrario, ésta se hace más madura en la medida que crece en todas las dimensiones de la persona. No sobra decir que hace falta una *“alfabetización teológica”* en muchos de los creyentes. La teología es la reflexión sobre la experiencia de fe. En ese sentido, no basta tener fe, es conveniente y necesario saber *“dar razón de la fe”*, en cada tiempo y lugar determinado. Una formación teológica adecuada ayuda a formar creyentes capaces de entablar un diálogo sincero y audaz con las otras disciplinas. *Nunca como ahora* se hace urgente establecer la interdisciplinariedad para resolver los problemas que nos afectan a todos desde esferas tan distintas de la vida.

El ejercicio de cualquier profesión y, más aún, cuando ésta se escoge y se práctica en el horizonte de la fe, no puede hacerse sin una dedicación constante y profunda al estudio. Éste nos garantiza caminar al ritmo de los tiempos, estar en constante actualización, poder brindar a nuestros contemporáneos las mejores respuestas disponibles en cada momento histórico. No es el estudio por el estudio, ni tampoco se pretende caer en un intelectualismo estéril. Es sobre todo un estudio integrado a la responsabilidad histórica de responder con lo mejor que tenemos y podemos.

En el ámbito educativo el compromiso con el estudio cae por su propio peso. El/la educador/a se compromete con el avance científico. Tiene la misión de hacerlo asequible para sus estudiantes. Debe “*enamorarlos*” de ese deseo

de saber, de conocer. Pero también aquí se puede caer en la mediocridad, en creer que se alcanzó la meta, en contentarse con saber un poco más que los/as estudiantes. Justamente en este ámbito y con las innovaciones pedagógicas de los últimos tiempos, todos y todas estamos llamados a sentirnos en camino, construyendo el conocimiento conjuntamente con las personas que participan de nuestras acciones socioeducativas, recorriendo el camino del saber para favorecer una vida más plena para todos los seres humanos.

El estudio es entonces una mediación privilegiada para una integración personal y para un ejercicio de la profesión en el espíritu del “crecer más” para “servir mejor”.

Consuelo Vélez

PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

1. ¿Qué entendemos por estudio? Cuáles son las distintas maneras de concebirlo entre las personas con las cuales nos relacionamos? ¿Cómo nos situamos delante de estas diversas posturas? Cuáles son los retos actuales que estamos llamados/as a enfrentar para desarrollar la capacidad de estudio y reflexión cultural en el ámbito personal y en nuestros centros educativos y proyectos sociales?
2. ¿Cómo en la sociedad actual se perciben las relaciones entre la fe y las ciencias? ¿Qué importancia tiene este diálogo en la Institución Teresiana? ¿Cómo vivirlo hoy?
3. San Pedro Poveda nos invita a que el estudio sea una pasión en nuestras vidas, que nos enamoremos de él, a empeñarnos en incorporarlo en nuestro cotidiano, a sentirlo como una necesidad vital. ¿Cómo traducir existencialmente esta característica fundamental de la propuesta teresiana?



7

Educar en tiempos difíciles no es un compromiso individual: **“todos hemos de cooperar. Aquí no hay uno solo y los demás son comparsa, sino que cada cual tiene su sitio, su deber, su responsabilidad”**.

Perspectiva socioeducativa

La invitación que nos hace San Pedro Poveda a *cooperar* puede parecer para algunas personas, una necesidad; para otras, una exhortación pertinente y oportuna hoy. Los que la consideran una necesidad pueden sentir que se violenta su decisión de permanecer al margen de las necesidades y de los problemas que padecen las mayorías empobrecidas y excluidas de la tierra y en particular, los pueblos de América Latina. Estos individuos pueden también sentir que se violenta su espíritu narcisista, el cual los exime de un trabajo compartido y solidario para la transformación de contextos privados de justicia, de paz y de libertad para todas y todos en este mundo.

Este culto sistémico al individualismo pierde consistencia en los individuos cuando se encuentran con los principios y la práctica de una educación comprometida con la transformación de contextos sociales y personales desde la búsqueda del bien común y de la solidaridad planetaria. Desde esta perspectiva es necesario el impulso de procesos y experiencias educativas que tengan como foco de atención en la formación de los sujetos, el desarrollo de una conciencia crítica que potencie en éstos, la corresponsabilidad social y su fuerza de voluntad para construir juntas y juntos, espacios y relaciones que generen comunidades humanas y educativas fraternas y activas.

Para alcanzar tan alta meta, *todos hemos de cooperar*. Así es posible aportar, para que las comunidades humanas y educativas experimenten la ayuda mutua y la participación dinámica de sus miembros. De esta forma

vamos configurando una sociedad más inclusiva, una educación más compartida y sobre todo, una postura personal y colectiva descentrada de sí misma. Este descentramiento le permite a los sujetos, una comprensión reflexiva y práctica de los nuevos retos y demandas de una organización social y educativa que valora el trabajo en equipo de los sujetos y la riqueza de su pluralidad de visiones, de ideas y de prácticas.

Desde este horizonte, el llamado de San Pedro Poveda constituye para el Estado, para la familia y la institución escolar y otros espacios socioeducativos, un desafío permanente. Desafío que le plantea al Estado, la puesta en práctica de políticas que garanticen la inclusión social, económica, política y cultural, de manera que cada ciudadana/o se sienta útil; que cada ciudadana/o tenga plenos derechos y oportunidades para intervenir de forma significativa en la sociedad.

Asimismo, este desafío permanente le plantea a la familia, que asuma un rol más protagónico en la educación de los hijos y en la relación con la comunidad y con la escuela. De igual modo, reclama una familia que se responsabiliza con la construcción de tejidos sociales comprometidos con la ayuda recíproca, con el trabajo compartido y con la profundización y expansión de la participación familiar, social y educativa.

De otra parte, la institución escolar y la diversidad de espacios socioeducativos, se ven compelidos a promover su propia transformación para gestar en los diferentes con-

textos, agentes culturales multiplicadoras/es creadores de nuevos sentidos sociales y educativos. Agentes culturales, impulsores de nuevas prácticas que alienten un trabajo comprometido; que incentiven la necesidad de implicarse y de actuar proactivamente en los escenarios en que interactúan. Pero aún más, que les permita asumir con plena conciencia su responsabilidad en la construcción de una sociedad y una educación con lógicas democráticas y participativas.

Un trabajo en esta dirección por parte del Estado, de la familia, de la escuela y de otros espacios socioeducativos puede contribuir para que cada ciudadana/o encuentre *su sitio*; para que cada ciudadana/o reconozca y asuma *su deber* y especialmente, para que cada ciudadana/o asuma con libertad y coraje *su responsabilidad* personal y comunitaria.

En síntesis, la exhortación povedana nos pone de cara a la práctica de una participación sistemática y consciente en cada uno de los espacios en los que incidimos. Un modo de participar, que subraya el compromiso y reconvierte la postura individualista y de *comparsa*. Un modo de participar, que desarrolla capacidades nuevas para trabajar con otras y otros por un mundo que acoja y que incluya. Un modo de participar, que posibilite la intervención activa de todos los seres humanos en la construcción de una sociedad que forja ciudadanas/os corresponsables, aún en los tiempos y contextos más difíciles.

Dinorah García

Perspectiva teológico-espiritual

Existe una exigencia estimulante en la afirmación de San Pedro Poveda: “todos estamos llamados a colaborar” ¿Por qué tal vehemencia? ¿Estaría San Pedro Poveda de forma autoritaria, exigiendo, arbitrariamente, una colaboración?

Evidentemente la respuesta a la pregunta es negativa. Pero exige explicaciones. No es San Pedro Poveda el que hace esta exigencia, ella emana de la propia persona, que siendo libre y auscultando a sí misma, descubrió su don y lo colocó al servicio de los demás para ser coherente con sus propias convicciones.

En un grupo humano, escuchamos fácilmente “disculpas” para no participar de alguna cosa. Aquel que no tiene costumbre para ello; aquel, que los demás no saben hacer; y otro todavía, que no es capaz. Justifican así el *no hacer* o el *hacer solo*. Ambas son posibilidades, pero San Pedro Poveda llama la atención a otra posible dinámica.

Ya vimos el empeño de San Pedro Poveda de que nos preocupásemos de que cada uno diese lo que podía. Partía del principio de que todos pueden dar, pues la capacidad y el deseo de donación en última instancia son, dones divinos. No decía que todos pueden hacerlo todo, todo el tiempo, pero que todos pueden algo, independientemente de la edad, sexo, o estado de vida.

Una imagen ilustrativa de esta capacidad de construir/edificar juntos está en la Carta de San Paulo a los cristianos de la ciudad de Corintio. En ella, él compara la *comunidad con el cuerpo*. Nos dice: “el cuerpo es uno y, sin embargo, tiene varios miembros; pero todos los miembros del cuerpo, no obstante

su número, forman un solo cuerpo (...). El cuerpo de hecho no se compone de un solo miembro, pero sí de varios" (1Cor 12,12-14). Quiere decirnos con esta comparación, que la comunidad posee un mismo espíritu, que la une y hace de ella como si fuese un cuerpo. Algo sustancial nos une. En el caso de una comunidad, la fe en Cristo y el Bautismo. Cada uno recibió su fe, fue bautizado y por eso están unidos por algo más fuerte que la suma de sus individualidades.

Esta unidad, sin embargo, no anula la diversidad del interior del grupo. Los miembros son diferentes, como los miembros de un cuerpo. Exactamente porque son diferentes, tiene su especificidad, que exige responsabilidad. Esta responsabilidad puede no ser asumida porque la persona, no ocupando el lugar que le gustaría, se coloca al otro lado del grupo. Pero, Paulo escribe, "si el pie dijera: "Como no soy mano, no hago parte del cuerpo", ¿cesaría por eso, de pertenecer al cuerpo? (v15). De la misma manera, los demás pueden caer en la tentación de no reconocer a sus pares: "el ojo no puede decirle a la mano "yo te necesito" – ni la cabeza decirle a los pies "no necesito de vos" (v21).

Como en un cuerpo, *todos son necesarios*. Pero Paulo nos hace una observación fundamental: los miembros más débiles o menos decentes son los que merecen ser más distinguidos, a fin de que no haya división y todos "se cuiden unos a otros" (v25). Es necesario cuidar especialmente de los débiles, pues "si un miembro sufre, todos los demás participan de su sufrimiento; si un miembro es glorificado, todos participan de su alegría" (v26). Así debemos y podemos ayudar y animar a todos los que encuentren su don, para

que nadie se sienta desnecesario y aislado.

Decimos en la espiritualidad cristiana, que todos tienen su carisma. Continuando con la comparación del cuerpo, éste correspondería a la función de cada uno en el mismo. Los carismas son dones del Espíritu Santo a su iglesia, para su construcción/edificación. Ellos fomentan y unen a las diversidades. Por los carismas, todos se vuelven "aptos y listos a tomar sobre si los varios trabajos y oficios, que contribuyen para la renovación y el mayor incremento de la Iglesia" (Vaticano II/LG 12). Así, un carisma es fundamentalmente un servicio. Cada uno debe auscultarse y descubrir sus aptitudes donadas por Dios y cómo puede ejercerlas en beneficio de los demás.

Esta imagen tan clara del cuerpo no tiene la intención de convencer a los subordinados y reforzar a los poderosos. Tiene la función de evidenciar la necesidad de todos en un grupo unido por convicciones comunes. Nadie puede esquivarse, desconocer o descuidar al otro, sin perjudicar el grupo. Pero el perjuicio no es apenas del grupo, es también de la persona. Esta disuelve los vínculos que la unen al grupo y a sus propias convicciones, aparte de que inhibe sus habilidades personales. De la misma forma los demás, se protagonizan ignorando a algunos, impiden que todos se desarrollen, maduren y encuentren su propia expresión de libertad y responsabilidad.

Si trabajamos solos, esto no quiere decir que trabajamos, necesariamente, en solitario. También aquí retumba: "Todos son llamados a colaborar...". Siempre es posible contribuir. Encontrar su red, su espacio de libertad y solidaridad.

Cuánta riqueza se pierde cuando despreciamos a los pueblos, estigmatizamos religiones, prejuzgamos culturas, tememos lo diverso, excluimos personas. En la orquesta de la diversidad cultural también podemos escuchar: “cada uno tiene su lugar, su deber, su responsabilidad...”

Una tentación post moderna es el aislamiento en la vida personal, privada. En esta perspectiva se vive el trabajo, la vida familiar y hasta la espiritualidad. Aislarse de las “alegrías y esperanzas, tristezas y angustias” (Vaticano II/GS 1) de aquellos con quienes

compartimos la aventura de la vida, es escoger un camino peligroso de no solidaridad. Pues, anterior a las convicciones de fe o a las convicciones de un grupo, compartimos la condición humana con millones que pueden ser llamados hermanos y hermanas. Y anterior a la familia humana estamos en relación con la naturaleza y el cosmos, en una relación cada vez más estrecha, como nos muestran las ciencias de la tierra.

También aquí retumba: “todos son llamados a colaborar...”

Lúcia Pedrosa de Pádua

PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

1. Las sociedades en que vivimos promueven en general el individualismo, la competitividad y la búsqueda de éxito centrada en las posibilidades de cada uno/a y de su grupo inmediato de referencia. ¿Cómo en este contexto promover actitudes de colaboración, participación y solidaridad, especialmente con los excluidos, con los “otros”, con los diferentes?
2. ¿En nuestras prácticas educativas incluimos a todos y a todas? Favorecemos que cada uno, cada una, pueda decir su palabra, tener iniciativa, sentirse valorado y agente del proceso? ¿Pueda descubrir sus cualidades y sus dones y ponerlos a servicio de todos/as? ¿Silenciamos alguna persona o algún grupo? ¿Descubrimos nuestros propios dones?
3. ¿Qué exigencias plantea hoy para nuestros centros educativos y proyectos sociales el imperativo de San Pedro Poveda: “**todos hemos de cooperar. Aquí no hay uno solo y los demás son comparsa, sino que cada cual tiene su sitio, su deber, su responsabilidad**”? ¿En el ámbito de la gestión? ¿De las relaciones interpersonales? ¿De las acciones educativas concretas?

8

Educar en tiempos difíciles no es posible si no somos capaces de transformar, innovar, reinventar y crear nuevas prácticas educativas: “El trabajo colectivo y el intercambio de impresiones e iniciativas hacen surgir estímulos y desarrollan energías que existen pero no se actualizan, permaneciendo en estado latente”.



Perspectiva socioeducativa

En este tiempo de construir articulaciones humanizantes y de transformación social este rasgo para los educadores y educadoras que tienen en América Latina como referente la Propuesta Socioeducativa de la Institución Teresiana supone diferentes lecturas y significaciones.

Esta perspectiva nos invita a la movilización de los recursos interiores y exteriores para actuar priorizando la capacidad de comunicación transformadora que potencia la responsabilidad social y el trabajo colaborativo. Por tanto los métodos, las estrategias, los programas, los contenidos de reflexión y estudio que utilicemos en la práctica educativo-crítica se orientan más allá de ella en conexión con la comunidad, redes y alianzas movilizadoras y pertinentes.

El compromiso del “arte de educar en tiempos difíciles” en este nuestro contexto nos hace leer esta frase del Decálogo del educador/a con la convicción de una interdependencia en todos los ámbitos personales y socio-educativo, siendo clave en la acción social, política y educativa en la que estamos comprometidos/as. Paulo Freire nos lo subraya “el verdadero formador es el sujeto en relación”.

Estamos urgidos como sujetos a vivir la experiencia de comunidad, de vínculos que dinamizan lo afectivo, el pensamiento, la acción, el estudio, la práctica, el compromiso y la transformación humanizadora de nuestras sociedades, organizaciones e instituciones; proceso permanente de reflexión, diálogo,



participación, de contradicción, conflicto, de opción y de creación; proceso que recrea la realidad y produce conocimiento, proceso que “desarrolla las energías que existen y están latentes” .

Los nuevos horizontes del conocimiento requieren además sujetos e instituciones flexibles, abiertas, conectadas, haciendo experiencias a través de mediaciones dialógicas y críticas que generan: “iniciativas”, “intercambio de impresiones”, “trabajo colectivo” en la escuela, en las organizaciones populares, organismos gubernamentales y no gubernamentales, proyectos e instituciones diversas.

El desafío planteado por San Pedro Poveda se fortalece en la acción, en la reflexión, la articulación teoría-práctica, la construcción colectiva de saberes y sistemas de aprendizaje y en la renovación permanente.

Nos situamos a la vez con un elemento clave en la Propuesta Socioeducativa , el perfil de los/as educadores/as en la construcción de una cultura colaborativa. De una parte, está la articulación entre los educadores “noveles” y “los encanecidos en el saber para establecer una verdadera solidaridad”. Por otra parte, esta relación y comunicación de saberes entre aprendices dinamiza los procesos de crecimiento y desarrollo de las personas, así el aprendizaje se hace cada vez más creativo, donde el/la educador/a pasa a ser un mediador. El sujeto-educando construye, reconstruye y aplica los saberes descubriendo con placer su potencial para intervenir en el mundo.

Otro de los puntos clave en la cultura colaborativa son los espacios educativos, el clima escolar, el estilo de relación. Aquí, así mismo, se entrecruzan los recursos materiales, su uso, ya que ellos crean o bien obstaculizan los ambientes cálidos, sencillos, de comunicación. Igualmente sucede con las relaciones interpersonales, el respirar confianza y que nadie se sienta discriminado/a.

Actualmente en el campo socio-educativo se han producido unos avances considerables en las ciencias de la organización, de allí nacen los diferentes abordajes en el tema de gestión desde donde se ubican numerosas respuestas de proyectos e instituciones insertos en el entorno y dialogando con él y con los diferentes actores sociales del mismo.

En referencia a la cultura de los/as educadores/as Fullan y Hargreaves nos hablan de la necesidad de potenciarla por la marcada “balcanización” del trabajo, frente a ello optan por el trabajo colaborativo como requerimiento profesional que construye la comunidad de sujetos en su historicidad. Esto requiere vivir el proceso de construir a partir de las “energías” personales haciendo un trabajo de tejido, de tramado que ayuda a la visión común; el “trabajo colectivo” logra despertar “las energías” teniendo su base en el “intercambio”, el debate, las tensiones, el placer de construir una tarea o acción o propuesta común.

Una de las realidades de las prácticas en los países de América Latina lo constituyen las experiencias de pasar de “una escuela que

enseña a una escuela que aprende”, son las llamadas “comunidades de aprendizajes”, en ellas se redefine la relación pedagógica, se experimenta la construcción de un proceso de aprendizaje mutuo, de cooperación permanente que lleva a profesionales y alumnos/as a flexibilizar sus creencias a repensarlas y a crear una pedagogía dialogante; así mismo, se fortalece: la construcción de saberes, el trabajo colaborativo, la evaluación ya no como producto sino como propuesta, la participación con familias, alumnos/as como actores en articulación con los otros estamentos y la innovación continua.

En las acciones educativas la interdisciplinariedad hace que se promuevan proyectos en que a través de temas generadores se busquen respuestas en diferentes disciplinas; el acercamiento de los/as participantes a estas experiencias hace desarrollar una mirada holística e interdependiente de la realidad, en esta línea se sitúan los proyectos y unidades integradas.

Otro espacio privilegiado de aprendizaje colectivo es el aula, aquí deberían fortalecerse los vínculos interpersonales y las búsquedas en el microespacio aula y de este con la comunidad interna y externa, así se derriban murallas entrando el entorno y el mundo al aula; en este espacio de cotidianidad todos los actores se sienten desafiados a resolver en conjunto las situaciones que enfrentan y tienen posibilidades de analizarlas, tomar decisiones y actuar frente a ellas. En este espacio

en el trabajo colaborativo se favorece el desarrollo del pensamiento, la formación del espíritu crítico y reflexivo y la adquisición de valores como el de justicia, respeto por el otro, igualdad- diferencia, solidaridad.

En la actualidad la comunicación virtual tiene cada vez mayor incidencia en el mundo globalizado y cada vez las redes crean alianzas, sinergias de proyectos, prácticas, instituciones, organizaciones, es un espacio abierto para fortalecer un movimiento socio pedagógico en que se fortalezca ese mundo posible que anhelamos construir.

Eduardo Galeano en “El Libro de los Abrazos” nos interpela:

*“Dijo que había contemplado desde allá
arriba la vida humana
y dijo que somos un mar de fueguitos”*

Si, hay horizontes de humanidad, hay muchas prácticas que nos invitan a construir otros mundos posibles nacidas del rigor, la acción, las búsquedas, esperanzas y desesperanzas compartidas y por sobretodo la fuerza del movimiento y el horizonte; muchas pasan desapercibidas; pero por aquí, por allá se articula lo micro con lo macro, la organización y los procesos socio pedagógicos, prácticas cargadas de utopía. Prácticas del “trabajo colectivo”, “la colectividad”, el intercambio de impresiones, iniciativas. Estas son prácticas y sueños que continúan dibujando ese “mar de fueguitos”.

María Emilia Olguín

Perspectiva teológico-espiritual

8

La muerte de Jesús fue un acontecimiento definitivo para el surgimiento del cristianismo. Desde la cruz toda la actividad de Jesús se vio profundamente cuestionada. ¿Qué había pasado con su poder para transformar las mentes y los corazones? ¿Dónde habían quedado todos los signos que anunciaban el Reino de Dios? ¿De que había servido curar a los enfermos, dar pan a los hambrientos, abrirles la esperanza a los excluidos de su tiempo? Las multitudes que lo seguían, que lo buscaban por todas partes, que proclamaban que El era el Mesías habían desaparecido. En el Monte calvario quedaba una multitud sí, pero que lo despreciaba y que se alegraba con el fracaso de su obra. Inmensa contradicción que cuestionó lo más hondo de la experiencia creyente de los apóstoles y seguidores de Jesús.

Sin embargo, el “sí” de Dios a la vida de Jesús permitió una nueva salida y se abrieron caminos de esperanza para todos. La resurrección de Jesús mostró que la muerte no tiene la última palabra y que hay nuevos caminos cuando se cierran otros. Pero lo que más contribuyó a este nuevo comienzo fue la experiencia comunitaria que se suscitó alrededor del hecho de la resurrección. Los apóstoles iban tristes y temerosos -cada quién por su camino- a continuar con lo que siempre habían hecho, a olvidar lo que habían vivido, a encerrarse nuevamente en la rutina de lo conocido, de la historia que parece no tener ninguna salida. Sin embargo, la presencia del Resucitado les permitió ver la realidad con nuevos ojos e inmediatamente “se levantaron para volver a Jerusa-

lén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los de su grupo" (Lc 24, 33-34). A partir de este momento comenzó la historia de la Iglesia que entre luces y sombras llega hasta nosotros y nos da testimonio de la multitud de caminos abiertos, de la inmensidad de posibilidades que el mensaje del Reino ha realizado en los más diversos lugares, en las diferentes épocas y culturas.

Fue la fuerza de la comunidad la que transformó a los discípulos para continuar el anuncio del Reino. Los apóstoles, de hombres temerosos, pasaron a anunciar con valentía "todo lo que habían visto y oído" (Hc 4, 20). Se constituyeron en un grupo capaz de testimoniar que la vivencia de la fraternidad hace posible que cuando se pone todo en común, "ninguno pasa necesidad" (Hc 4, 34).

Pues bien, este dinamismo que podemos constatar en el ámbito de la fe, se puede extender a las diferentes realidades que vivimos. El trabajo colectivo es la posibilidad de unir esfuerzos, de potenciar iniciativas, de emprender proyectos que una sola persona nunca realizaría.

Conviene señalar que el trabajo colectivo no es fácil. Los seres humanos, llamados a vivir en sociedad, a compartir este mundo que es nuestro hogar, constituidos como seres en relación con los otros, nos enfrentamos muchas veces a las dificultades de comunicación, de unir fuerzas, de trabajar con otros, de formar colectivos que avancen y se consoliden. No hay que olvidar que toda relación está mediada por todo lo que somos: seres

con infinitas cualidades pero también con temores, egoísmos y búsquedas personales que nos impiden realizar nuestra más profunda esencia: el ser comunión con Dios, con los otros, consigo mismo y con el cosmos. El reto que surge es el de ser capaces de aceptar nuestras limitaciones y las de los demás y disponernos a construir desde ellas y, contando también, con las múltiples posibilidades y talentos que cada uno tiene.

Serían innumerables los ejemplos que podríamos traer aquí sobre los frutos de una empresa compartida porque cualquier actividad cotidiana, aunque no seamos conscientes, es fruto de la mutua colaboración y nos posibilita una vida mejor. El hecho de comer pan fresco todas las mañanas, por ejemplo, es fruto del trabajo de muchas personas. Desde el que siembra el trigo, lo siega, lo procesa, hasta el que lo hornea y lo distribuye en el comercio. Se forma así una cadena humana que une esfuerzos y posibilita el bien común.

Los grandes avances tecnológicos también suponen la colaboración mutua y son el resultado del ingenio y del trabajo de muchos. Las conquistas espaciales, por ejemplo, nos muestran de qué manera el talento personal puede tejer una red de relaciones que logran empresas que nunca antes hubiéramos soñado. Cuando el primer astronauta Neil Armstrong llegó a la luna, pronunció una frase que es paradigmática de esta unión de esfuerzos: "este es un pequeño paso para el hombre pero es un gran paso para la humanidad". Armstrong jamás hubiera podido rea-

lizar esa proeza si en el mismo instante miles de controladores de la Nasa no hubieran seguido paso a paso todos los detalles de esa gran osadía humana.

Pues bien estos “grandes pasos para la humanidad” han de darse en todos los ámbitos. San Pedro Poveda lo vio posible en la tarea pedagógica y pidió a sus colaboradores que fueran capaces de transformar, de innovar, de crear nuevos métodos y didácticas. Para él, esta actitud mostraba el compromiso del educador/a con su tarea. Podríamos aplicar a él las palabras del Apocalipsis “hacer nuevas todas las cosas” (21,5) para conseguir los “cielos nuevos y la tierra nueva” (21, 1) que construyan una humanidad distinta.

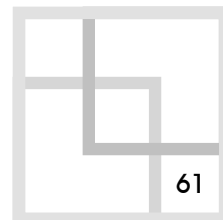
Sí, San Pedro Poveda creyó que el trabajo colectivo podía abrir nuevas posibilidades educativas. No sólo se unen esfuerzos sino que tiene la capacidad de estimular a los que participan en el grupo para llegar hasta el final. Es capaz también de desarrollar energías

que sólo en esas experiencias comunitarias salen a la luz y producen fruto.

Hoy en día se acepta, cada vez con más naturalidad, el hecho de que los discapacitados se integren plenamente a la escuela y a la sociedad en general. Los logros que se alcanzan, asombran y muestran la potencialidad del vivir con otros y construir juntos.

Definitivamente, el grupo es capaz de despertar iniciativas, de fortalecer debilidades, de abrir caminos para todos. Al estilo de la experiencia de los discípulos de Jesús, un trabajo pedagógico enfocado no a la competencia egoísta sino al trabajo colectivo, consigue el desarrollo integral de los sujetos y los grupos humanos. En otras palabras, consigue esa transformación de las personas y los pueblos que San Pedro Poveda creyó, se realizaría, desde muchos frentes pero, sin lugar a dudas, desde una educación innovadora, transformadora, capaz de abrir caminos a los desafíos de cada momento presente.

Consuelo Vélez



PARA REFLEXIONAR EN GRUPO

8

1. ¿Qué significa en los distintos espacios educativos en que actuamos promover una cultura colaborativa? ¿Qué estrategias podemos emplear para afianzarla? ¿Cuáles son los principales desafíos que estamos llamados/as a enfrentar? ¿Cómo trabajarlos?
2. Para San Pedro Poveda, “vivir como los primeros cristianos”, “aunar fuerzas”, “amar la fraternidad” son referentes fundamentales para todos/as los/as que participan de su propuesta. ¿Qué supone para cada uno/a de nosotros/as asumir con alegría y compromiso esta invitación?
3. ¿Creemos de verdad que **“el trabajo colectivo y el intercambio de impresiones e iniciativas hacen surgir estímulos y desarrollan energías que existen pero no se actualizan, permaneciendo en estado latente”**? ¿Hemos experimentado en nuestro cotidiano esta realidad? Describir experiencias concretas. Llegar comunitariamente a identificar algunas consecuencias para nuestras acciones educativas.

9

Educar en tiempos difíciles es una apuesta por la humanización , para favorecer procesos personales y sociales en los que la vida humana, de cada uno, de cada una, se realice en plenitud: **“Yo quiero, sí vidas humanas, ambientes donde el humanismo impere; pero como entiendo que esas vidas no podrán ser cual las deseamos si no son vidas de Dios, pretendo comenzar por henchir de Dios, a los que han de vivir una verdadera vida humana”**.



Perspectiva socioeducativa

La fuerza y actualidad de este deseo es innegable en el contexto regional y mundial. Esto es así, por encontrarnos inmersos en sistemas sociales y políticos diseñados, en muchos aspectos, para valorar de forma desmedida aquello que desdibuja lo humano. Y sobre todo, aquello, que privilegia lo superfluo por encima de los valores genuinos de las personas.

Por ello, este deseo de San Pedro Poveda constituye una interpelación y a la vez, una ruta de esperanza para las/os educadoras/es que trabajamos por la instauración de relaciones constructivas y humanizantes en los diferentes contextos socioeducativos. Constituye también, una oportunidad para reconstruir el tejido humano desde las claves de una pedagogía transformadora y crítica. Una oportunidad, para releer las orientaciones del Evangelio y reinventar desde ahí, actitudes, relaciones y prácticas personales y colectivas.

Para avanzar en la construcción de ambientes personales y sociales que permitan el desarrollo integral de las personas, faltaría una declarada voluntad en los gobernantes; en los sujetos; en las familias y en las instituciones y comunidades. Una voluntad, a favor de la recuperación activa del valor de la persona, del valor de las comunidades humanas sin entrar en oposición con los valores que tienen los demás seres que pueblan el universo.

Los sectores conscientes y comprometidos con esta causa, tendríamos que trastocar las

estructuras y las prácticas que promueven la negación de lo más valioso de la humanidad: la persona con sus posibilidades y sus límites; la comunidad humana, con sus maravillas y sus riesgos. Por ello, nos sentimos urgidos a transformar de raíz, las políticas y estrategias que consideran a las personas y comunidades humanas, como una mercancía más, como un objeto por el cual se paga cualquier precio en un negocio inhumano. Mantengámonos alerta y en pie de lucha ante la cosificación de la humanidad para devolverle al mundo, la alegría, la paz y la fraternidad.

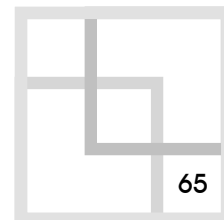
Desde esta perspectiva, es necesario que nuestra creatividad se expanda en este campo. Es necesario también que retomemos con nuevas esperanzas y decisiones, la transformación de los contextos y proyectos organizados para alentar y provocar, la destrucción de valores esenciales de las humanas y los humanos como son su dignidad personal y colectiva, su integridad física, su derecho a la participación política y social, su identidad cultural, su libertad y sobre todo, un ejercicio de sus derechos civiles, políticos, económicos y culturales sin discriminación

y zozobra. Avanzar en esta dirección, contribuiría con el desarrollo de todas y todos en igualdad y justicia.

Pero no basta con una vida humanamente armónica, pues cada vez más se vuelve imprescindible para las humanas y los humanos, una relación íntima y transparente con el Dios de la Vida, con un Dios que acoge y le otorga sentido a las tareas de las mujeres y de los hombres en esta tierra. Por ello, descubrimos en la expresión de San Pedro Poveda un llamado a dejarse invadir por la gracia y la energía de Dios. De esta forma lo humano cobra plenitud y fecunda a las personas y a los contextos.

Esta fecundidad tiene su expresión en una vida cotidiana vertebrada por la comunicación de calidad, la escucha activa, el interés por el desarrollo de la otra y del otro, y especialmente, en una experiencia fraterna siempre renovada. En síntesis, se evidencia en una vida cotidiana orientada por la sabiduría de Dios. Nuestras respuestas deberán expresarse en nuevas concepciones y prácticas educativas; deberán traducirse en opciones y acciones a favor de una humanidad recreada.

Dinorah García



Perspectiva teológico-espiritual

Muchas veces, en la espiritualidad cristiana, las personas le declaran la guerra a Dios, por motivos que podríamos explicar históricamente. Para que digan “sí” a sí mismas son obligadas a decirle “no” a Dios. Y viceversa. En su imagen de Dios, Él aparece como voluntad soberana que niega autonomía, libertad y la felicidad del ser humano. Más que propiamente un amigo, un amigo que engaña, al fin y al cabo, un verdugo de la verdadera humanidad. Acaban finalmente alejándose de Dios para buscar otra imagen, o quizás a ellas mismas...

Esta no es la imagen de Dios que Jesús de Nazaret nos trajo. El Dios de Jesús no destruye la humanidad, al contrario, revela la verdadera humanidad, pues Dios se hizo hombre en Jesús. Es un Dios de amor, y su amor se revela en la solidaridad de Jesús para con todos, especialmente los pobres y pecadores (Mt 9,12; Lc 6,20). Se revela en sus sabias palabras y acciones consecuentes y llenas de compasión. Se revela en su verdadera humanidad, capaz de amar hasta el fin (Jn 13,1) e incluso entregar su vida para que todos la tengan (Jn 15,13). Jesús nunca dominó las consecuencias, al contrario, devolvió la libertad y la autonomía (Mc 5, 1-20) y las cuestionaba cuando se mostraban insensibles con relación a los demás (Lc 18,9). Nunca dominó los pasos de los otros, al contrario, les devolvía la salud y la posibilidad de dirigirse por donde deseasen, con dignidad (Lc 18,43). Mostró cómo los poderes establecidos de su tiempo, con su estructura y legalidad, deturpaban la imagen verdadera de Dios (Lc 11,39-52). Cuando

fue sentenciado reo de muerte y asesinato, no dominó a nadie, muriendo como un maldito.

El Dios de Jesús es un Dios de amor –ága-pe- irreprimible en nuestro medio. Amor misterioso y amoroso que crece hasta cuando dormimos... (Mc 4,27). Podemos conocer este amor porque Jesús lo reveló y, hoy como ayer, el encuentro con Jesús continúa revelándose. Por eso, Jesús Cristo, humanidad perfecta, es también Camino, Luz y Vida (Jó 8,12; 14,6). La humanidad de Jesús es el camino para el Padre (Jó 14,6); a su vez, la unión única entre Jesús y el Padre en el Espíritu, mostró al mundo lo que significa ser verdaderamente humano (Fil 2,5).

Es por eso que San Pedro Poveda no desea la separación entre Dios y la persona. Al contrario, sabe que Dios es “amigo del hombre” (Sl). Cuando dice que las vidas no podrán ser verdaderamente humanas “si no fuesen vidas de Dios”, él expresa su deseo de que la vida sea lo más plena posible. Y que esta vida plena sea también el compromiso de los educadores y educadoras. Como dice una canción brasileña: “Dios creó el infinito para que la vida sea siempre más”.

San Pedro Poveda comprende la realidad del ser humano a la luz del Evangelio, de la fe. Al mismo tiempo, es honesto con la realidad científica y laica recibiendo, de esta realidad, interpelaciones para la vivencia de la fe. Establece una relación indisoluble entre santidad y humanidad. No hay en su intención una santificación espiritualizada,

comprendiendo esta expresión como una desvinculación absurda de un hipotético “espíritu humano” de la vida integral de la persona. Por el mismo motivo, enfatiza la autenticidad de la vida, y no un cristianismo legalista, hipócrita, adulterado.

Para San Pedro Poveda, el modelo de una vida plenamente humana es Teresa de Ávila. Y ella fue humana porque fue al mismo tiempo, “toda de Dios”. Por eso fue una persona generosa, simpática. Su espíritu era atrayente, capaz de ser “sal de la tierra” (Mt 5,13), que da sabor a lo que es insípido, contribuyendo para que la vida de la gente sea más plena. Por ser su modelo, queremos traer para esta reflexión un poco del pensamiento de esta gran mujer del siglo XVI.

Santa Teresa de Jesús definía plásticamente la persona humana como un “castillo de cristal” habitado por Dios que, como el sol, brilla en su interior. Para ella, la aventura de la humanización consiste en reconocer esta presencia luminosa y con ella establecer un diálogo, un acercamiento progresivo y una unión transformadora. Al contrario, cerrarse a esta realidad trascendente frustra el desarrollo de la misma.

Ella nos muestra que hay algo en nosotros que es misterioso y profundo, y que debe ser descubierto y cultivado para que la vida florezca. Esta profunda dimensión, espiritual, es constitutiva de todos, posibilita la relación con Dios y confiere gran dignidad al ser humano. San Pedro Poveda deseaba mucho que la conciencia de esta dimensión

espiritual constitutiva del ser humano, fuese patrimonio común de los/as educadores/as.

Según Santa Teresa, la puerta para esta profundidad interior es la oración y la consideración. Esto exige un movimiento en dirección a la realidad trascendente de Dios. Y por Jesús Cristo, en el espíritu, Él posibilita un movimiento simultáneo a la realidad más profunda de nosotros mismos, transformándonos interiormente en lo mejor que somos.

Santa Teresa, en su proceso espiritual, hace un pasaje decisivo: de la relación con un Dios tipo autoritario y distante, un Dios común que toda persona religiosa tiene, a la experiencia personal y conciente de Jesús Cristo, "sagrada humanidad". Hay un encuentro profundo y procesual que modifica su relación con Dios e instaura un camino transformador.

Para Teresa la espiritualidad es un camino de la vida donde la *relación* con Dios, fuente de vida y amor, ocupa lugar central. La vida misma es esta relación, y en ella la persona se transforma continuamente. ¿Cómo se da esta relación? En los términos de la *amistad* y el *amor*, siempre respondiendo a aquél que se anticipa, provoca y nos ama primero.

El camino de la amistad es recorrido con Cristo. Exige la humildad del escuchar, la

predisposición a despegarse de sus proyectos, personas y bienes y al amor concreto. Este camino se alimenta de la oración, que "...es cuidar de amistad – muchas veces a solas – con quien sabemos que nos ama" (Vida 8,5).

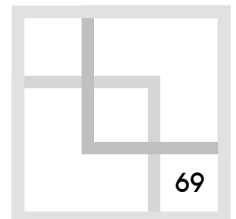
Se condensan en Cristo las realidades humanas y por eso, estas realidades son iluminadas. De ahí la necesidad de mirar su vida y contemplarlo (Vida 22,6). La pedagogía tere­siana de la oración es fundamentalmente un desarrollo de la relación con Cristo, sagrada Humanidad. Esta pedagogía nos enseña que es necesario priorizar el "amar mucho" sobre el "pensar mucho", para que el corazón se enternezca y se transforme. Es necesario mirar a Jesús, enamorarse de su sagrada humanidad, estar siempre delante de Él, traerlo siempre cerca, contemplarlo en los evangelios, expresar sus propios deseos y necesidades, confrontar la vida cotidiana con su vida, interiorizar la oración que nos enseñó, no separarse del Maestro: estos son algunos de sus incontables consejos. Esta relación implica una necesidad de contacto con su propia interioridad, una educación progresiva del mirar, del escuchar y del hablar interiormente con Cristo. Al mismo tiempo, como fue dicho antes, es preciso cultivar la *humildad*, el *desapego* y el *amor* (Camino de la Perfección). Sin estas actitudes, el caminar con Cristo no encontrará un terreno sólido y puede caer en el individualismo, soberbia e ilusión.

Lúcia Pedrosa de Pádua

PARA REFLEXIONAR EN GRUPO



1. En el mundo actual muchas son las formas de deshumanización, mercantilización y negación de la dignidad de toda la persona humana. ¿Cuáles son las más presentes en nuestros contextos? ¿Qué experiencias de deshumanización las personas que participan de nuestros espacios educativos tienen?
2. ¿Cómo podemos hacer germinar *ambientes donde el humanismo impere*? ¿Cómo *vivir una verdadera vida humana*? ¿Cómo construir espacios sociales y educativos humanizantes?
3. ¿Qué significa para cada uno/a, para nuestros centros educativos y proyectos sociales, apostar en una humanización que promueva una espiritualidad que propicie una experiencia de plenitud de Dios, una dimensión humana abierta a la trascendencia? ¿Cuál es nuestra imagen de Dios: enemigo o amigo de lo humano? ¿Por donde avanzar para que nuestras prácticas socioeducativas hagan florecer una verdadera humanidad, abierta y solidaria como la humanidad de Cristo?





10

Educar en Tiempos Dificiles supone capacidad de soñar, de proyectar, de afianzar la Esperanza...

"Tenemos mucha fe, mucha esperanza y no dejamos de soñar y hasta realizamos algunos sueños."



Perspectiva socioeducativa

Nadie dudará en afirmar que vivimos en *tiempos difíciles*. Son *tiempos difíciles* en cada una de nuestras realidades y para el continente latinoamericano en su globalidad. Son también *tiempos difíciles* en el ámbito internacional, en todo el planeta. Tiempos cargados de dramaticidad, y no podemos desde la educación dejar de situarnos ante ellos y preguntarnos sobre el sentido de la educación en este contexto.

El contexto socio-económico, político y cultural en el que estamos inmersos provoca en cada uno/a de nosotros diferentes sentimientos, muchas veces contradictorios, perplejidades, miedos, angustias, inquietudes e interrogantes ante el futuro, impotencia, falta de categorías adecuadas para leer la realidad, etc. Distintas posturas pueden ser identificadas. Tres perspectivas se hacen especialmente presentes.

La primera se caracteriza por mirar hacia el pasado, releer lo vivido considerándolo como punto de referencia y contraste. Esta es una mirada que provoca mucho desánimo, y con frecuencia, una cierta paralización o una actitud que afirma que en *tiempos difíciles* lo único que debemos hacer es afirmar lo tradicional, lo de siempre, volver a los valores incuestionables. Esta actitud puede ser llamada de neoconservadora porque se limita a querer preservar; lo que no quiere decir que no hay aspectos que es necesario preservar pero no de una manera estática y sí siendo capaces de resignificar valores y creencias en nuestro momento histórico. En esta perspectiva neoconservadora nos deja-

mos dominar por el miedo a lo nuevo. Nos centramos en nuestro cotidiano, nuestros intereses, nuestra supervivencia y tomamos distancia en relación al “otro”, el “diferente”, a aquellos que representamos como amenaza o nuestros enemigos. Reforzamos y multiplicamos las rejas, los muros, nos encerramos en nuestro mundo, en nuestros guetos sociales y culturales. No solamente del punto de vista externo. También construimos rejas y claustros en nuestro interior. Ahí solamente son admitidos los que consideramos como “iguales”.

En otra perspectiva, leer los *tiempos difíciles* supone situarlos como tiempos de modernización y progreso. Las dificultades surgen de los grupos que no aceptan que los tiempos cambiaron, que solamente en la economía de mercado y en la afirmación de la sociedad del consumo y de la información es posible afianzar las conquistas de la modernidad. Esta perspectiva puede ser llamada de modernizadora. Tiene como referencia el modelo neoliberal vigente como única posibilidad de progreso. Está centrada en la eficiencia y en la productividad, en la importancia de la racionalidad científica y técnica, en la competitividad como fuerza mobilizadora de cambios y modernización, en la centralidad del individuo, del consumo y del mercado.

Pero es posible también concebir estos *tiempos difíciles* como tiempos contradictorios, de nuevas búsquedas, de construcción de nuevos caminos, tiempos de recrear y re-fundar en fidelidad creativa. Tiempos que

exigen una mirada atenta y en profundidad a las transformaciones sociales y culturales que estamos viviendo a partir de una postura histórico-crítica. Tiempos en que hay que liberar el potencial creativo de personas y grupos, reconocer los gérmenes de transformación presentes en distintas iniciativas y proyectos en marcha. En esta perspectiva las mediaciones educativas y culturales asumen especial importancia. La educación y las culturas son fundamentales para promover una transformación de la realidad en otro horizonte de sociedad a nivel local y global. Así nos queremos situar desde la Propuesta Socioeducativa de la Institución Teresiana en América Latina. Queremos mirar estos *tiempos difíciles* desde lo que están generando: nuevos interrogantes, nuevas preguntas. Ya no bastan las respuestas que teníamos, hay que atreverse a enfrentar estos *tiempos difíciles* para buscar nuevas respuestas.

Por lo tanto, estamos llamados a mirar los *tiempos difíciles* no como tiempos que nos frenan, con una mirada que afirma que vamos a la deriva y que la tarea fundamental de la educación es la preservación de los valores y saberes tradicionales. Ni tampoco como tiempos de modernización productiva en la lógica neoliberal, en que el papel de la educación se reduce a la formación de consumidores y ciudadanos identificados con el modelo vigente. Sino como tiempos que nos llaman a recrear la educación, a inventar nuevas soluciones y nuevas respuestas a los nuevos desafíos que estamos viviendo en una perspectiva humanizadora y transformadora que cree que es posible construir

otro modelo de sociedad más humano, democrático e igualitario. Tiempos en que estamos siendo desafiados a reinventar la educación, a reinventar la escuela.

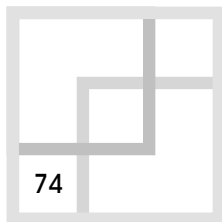
Los *tiempos difíciles* así concebidos son tiempos de generar nuevas iniciativas, programas y proyectos. Tiempos de ir más allá de lo ya conquistado. Tiempos de osadía, de acoger lo que todavía no es para que pueda ser. Me parece que éste es un punto de partida firme: hay que pensar la propuesta socioeducativa de la Institución Teresiana hoy en América Latina desde esta clave Vivimos *tiempos difíciles*. Queremos mirar estos tiempos como tiempos que nos están interpelando a buscar nuevas respuestas y, por otro lado, tiempos que nos desinstalan, tiempos que de alguna forma nos provocan a ir a lo más profundo de nuestras vidas, de nuestras energías, de nuestra capacidad de creatividad para ser capaces de reinventar la educación.

Educación en *tiempos difíciles* es una tarea compleja y provocadora. Supone buscar una co-

herencia entre la teoría y la práctica, la propuesta y la dinámica educativa, conscientes de que *“las obras, si, son las que dan testimonio de nosotros y dicen con elocuencia incomparable lo que somos”*. (Pedro Poveda)

Construir socialmente la Esperanza en *tiempos difíciles* nos remite a los espacios socio-culturales en donde se celebra la vida y se construyen nuevos sentidos para vivir y luchar, alimentados por los valores del Reino. Es un arte que se conjuga con varios verbos. Esos verbos nos impulsan y nos cuestionan: pensar, reflexionar, estudiar, recrear, dialogar, negociar, discernir, proyectar, transformar, actuar proactivamente, soñar o, dicho de otro modo, yo me atrevo, tú te atreves, nosotros nos atrevemos a pensar, a soñar, a educar, a articularnos con otros y otras, creando redes, puentes, para hacer posible el sueño compartido de San Pedro Poveda en una lucha sin descanso, para que la justicia y la paz se besen. Esta es nuestra Esperanza.

Vera Maria Candau



Perspectiva teológico-espiritual

10

El exterminio judío, el genocidio de Ruanda, la discriminación racial, por citar algunos ejemplos, son temas que se han llevado a la pantalla grande y nos han permitido acercarnos a esas realidades históricas que, en verdad, nos cuesta creer que se hayan dado en la historia de la humanidad. Sin embargo, sucedieron, son verdaderos, tienen fecha, lugar y nombres concretos. Nos reflejan la grandeza y la pobreza de la humanidad. Pobreza que no es sólo falta de recursos sino el mal que puede cegar a las personas y a los pueblos llevándolos a exterminar a sus propios hermanos. Lo más grave: creen hacerlo en nombre del bien. Grandeza porque en todas estas circunstancias no faltan hombres y mujeres de una fe inmensa, de una esperanza inquebrantable, capaces de soñar y de hacer realidad algunos de sus sueños.

El testimonio de Martín Luther King es admirable. Él habló de sus sueños y, de hecho, algunos de sus sueños se cumplieron: “Sueño que llegará el día en que los hombres se elevarán por encima de sí mismos y comprenderán que están hechos para vivir juntos, en hermandad. Todavía sueño en aquella mañana de Navidad que llegará el día en que todos los negros de este país, todas las personas de color del mundo, serán juzgadas por el contenido de su personalidad y no por el color de su piel; que cada hombre respetará la dignidad y el valor de la personalidad humana (...) Todavía sueño hoy que la guerra se acabará (...) Todavía sueño que con esta fe seremos capaces de transformar los límites de la desesperación. Con esta fe podremos anticipar el día de paz

en la tierra y de buena voluntad para todos los hombres”.

Gracias a estos sueños y a los sueños de tantas personas que construyen humanidad, muchas conquistas se han ido alcanzando y muchas realidades van cambiando. Lo que parecía imposible se hace realidad.

La transformación de la sociedad por medio de las mediaciones educativas y culturales, animadas por la fe y sostenidos por la esperanza, fueron el sueño de San Pedro Poveda y el legado para las generaciones actuales. Quien iba a creer que su sueño en Guadix, de transformar la realidad de los cueveros mediante la educación de sus niños y niñas, iba a traspasar fronteras y a convertirse en una obra internacional que continua, hasta hoy, llevando nuevos horizontes a tantas realidades que parecen no tener salida.

Animados por la misma experiencia cristiana, donde un puñado de hombres y mujeres comenzaron a anunciar la Buena Nueva del Reino en las condiciones más hostiles, San Pedro Poveda y sus primeros colaboradores y colaboradoras sintieron la dificultad de convencer a otros de sus propios sueños. Algunos consideraron que no se debía soñar. Otros consideraron que los sueños nunca se iban a cumplir. Los hubo que envidiaron a los que tenían sueños y prefirieron acabar

con ellos, antes que unirse a sus propuestas. Por eso no faltó la persecución, abundaron las incomprendiones y los desánimos.

Sin embargo, la fuerza indescriptible que tiene la fe cuando es el fundamento del deseo profundo de cambiar la realidad, de hacer de este mundo un hogar justo y posible para todos, fue capaz de superar los límites de Guadix y continuar en Covadonga, Oviedo, Madrid. Más aún, más allá de las fronteras de España: Europa, América, África y Asia. Los sueños de Poveda se fueron haciendo realidad, algunos de sus sueños se cumplieron, y lo que es más importante, muchas personas continúan soñando que es posible transformar el mundo.

Las transformaciones sociales se tienen que gestar en muchos frentes a la vez. Sin embargo, el ámbito socioeducativo es lugar privilegiado para cambiar los corazones, para hacerlos desarrollar en todos los sentidos, para despertar potencialidades, para cultivar actitudes, para descubrir posibilidades. Es un campo privilegiado para soñar, porque la riqueza que encierra cada persona y las potencialidades que alberga, son la garantía de los frutos que se pueden alcanzar. No podemos controlarlos, no podemos prever todos los resultados, sin embargo, podemos tener fe en la realización de los proyectos y esperanza en su cumplimiento progresivo.

Consuelo Vélez

En las condiciones actuales en las que el sistema neoliberal cierra las posibilidades para muchos, que excluye a grandes mayorías y que quiere convertir la educación en un negocio lucrativo continuamos afirmando con San Pedro Poveda: **“tenemos mucha fe, mucha esperanza y no dejamos de soñar y hasta realizamos algunos sueños”**.

No renunciamos a nuestros sueños, dilatamos nuestros corazones y nos unimos para:

- *Soñar* que es posible reinventar la educación, en los distintos espacios en que ella se da, en la escuela y en los ámbitos no formales.
- *Soñar* que los ambientes educativos sean democráticos, justos, equitativos, capaces de generar relaciones de igualdad y participación en los que todos y todas se sientan incluidos.
- *Soñar* que el derecho a una educación de calidad sea conquistado por todas las personas y los grupos socioculturales.

ó *Soñar* con que los educadores y educadoras asuman su profesión con competencia y generosidad, sean socialmente valorados, respetados y tengan una remuneración justa.

- *Soñar* con una educación abierta y atenta a los signos de los tiempos que despierte la reflexión crítica y el compromiso social.
- *Soñar* con ambientes educativos que propicien la creatividad, la iniciativa, la fiesta, la alegría, la vivencia de la fraternidad.
- *Soñar* con procesos educativos en que todos y todas puedan tener acceso a los

avances tecnológicos y a los distintos lenguajes artísticos y de los medios de comunicación.

- *Soñar* con una educación culturalmente plural que incorpore la diversidad de etnias, credos, convicciones políticas y otras expresiones culturales.
- *Soñar* con una educación que promueva el diálogo entre la fe y la ciencia, que contribuya a la formación integral de la persona humana, en la que la dimensión trascendente tenga un lugar importante en los procesos de maduración y humanización.
- *Soñar* que se afianzarán las redes, los esfuerzos compartidos, las articulaciones entre las distintas prácticas desarrolladas en centros educativos y proyectos sociales, que los espacios de construcción colectiva promuevan un movimiento educativo que apunte para sociedades y una realidad planetaria justa, humana y solidaria.
- *Soñar* y no dejar de soñar en la fuerza transformadora de las mediaciones educativas y culturales animadas por la fe y sostenidas por la Esperanza. Sin duda, ¡realizaremos algunos de estos sueños! Y continuaremos soñando.....

